

## HOSTOS INTIMISTA: INTRODUCCION A SU «DIARIO»

### PALABRAS PRELIMINARES

Si hubiera que clasificar el *Diario* de Hostos por su tema central —así como se habla de diario de un escritor, de un hombre de ciencias, de un cazador— habría que calificar el del puertorriqueño como diario de un patriota. Se justificaría tal denominación porque prácticamente toda la agónica peripecia vital que se muestra a través del *Diario* está provocada por la idea dominante de la liberación de las Antillas. Alguien podría objetar la designación diciendo que, fuera de su frustrada participación en una expedición que no llegó a su destino, Hostos no realizó en el campo de batalla la obra activa de un Bolívar, de un San Martín o de un Martí. Pero si pensamos que la libertad política de un país depende tanto del cañón como de la pluma que levanta conciencias, y si aplicamos el vocablo al hombre que olvida sus intereses personales para dedicar su vida al servicio de la patria, que sufre por ella y que realiza una efectiva labor en el terreno de lo espiritual, el calificativo queda ampliamente justificado.

Sin embargo, merecida y todo, la etiqueta de «diario de un patriota» resulta estrecha y no hace justicia total al contenido de la obra. El diario de un patriota inevitablemente tendrá que dirigirse a la periferia externa de la vida de su autor, deberá referirse al quehacer visible del hombre que, al fin y al cabo, es el medio más fácil que tenemos para reconocernos. Algo de ese quehacer se muestra en el *Diario* de Hostos, y es uno de sus grandes valores; pero hay en él otra línea que apunta en dirección contraria y que importa más que la que explica al patriota. Es el rumbo hacia adentro, el camino interiorizador que en extraña paradoja, mientras más se hunde en la unicidad individual,

más se acerca a lo humano universal. Pocos hombres llegan a ser patriotas reconocidos, pero todos nos podemos medir y contemplar en la reflexión que muestra a un ser humano. Esta es la verdadera dimensión del *Diario* de Hostos que esperamos poner en evidencia; la sustancia del libro es una abertura en profundidad en el espíritu de un hombre que, con ser de los de excelsa calidad, sufrió, vaciló, amó, gozó y padeció la vida como todos.

El hondo calado que del espíritu de su autor ofrece el *Diario*, es ya una indicación de que el rótulo propuesto en las primeras líneas le queda corto al libro. Efectivamente, falta en la denominación un adjetivo clave: *íntimo*, y la justificación de este apelativo es lo que constituye el cuerpo de este trabajo. Como se verá, la aplicación de la palabra íntimo que haremos se va a ceñir a un estricto concepto literario en el campo de lo autobiográfico. Para ello vamos a examinar algunas definiciones y clasificaciones que se han dado del género y más tarde observaremos sus rasgos más sobresalientes aplicados a la obra de Hostos.

No es éste un estudio exhaustivo. Hay varias otras facetas de este riquísimo escrito que quedarán sin explorar, pero si al cumplir con lo que nos hemos propuesto, logramos despertar mayor interés por el *Diario* y contribuimos a obtener para él una forma más accesible de la que actualmente tiene y con ella la difusión que merece, habremos alcanzado una meta digna del tema.

.....

## I

### INTRODUCCION

Por largo tiempo se ha venido manteniendo que la literatura autobiográfica es escasa o inexistente en la lengua española. Plumas renombradas como las de Unamuno, Benavente y Ortega y Gasset, entre otras, han lamentado la ausencia de diarios, memorias y autobiografías en español<sup>1</sup>. El 1953, el editor de la *Revista de Literatura* escribía que era un sueño pensar en la existencia de un Amiel entre nosotros y ponía el diario íntimo entre «las zonas desérticas» de la literatura<sup>2</sup>. La *Antología de diarios íntimos*, de Granell y Dorta, publicada en 1963, confirma esta opinión en teoría y hecho, ya que en más de una ocasión se refiere a «la asombrosa escasez de tales documentos en las letras hispanas»<sup>3</sup>, e incluye sólo a once representantes de lengua española entre los setenta y uno del mundo occidental que contiene.

Tal vez la presunción de esta escasez ha contribuido al hecho de que tampoco tengamos en español, como ocurre en inglés, francés y alemán, estudios sobre el género autobiográfico que hayan deslindado campos y fijado conceptos que permitan una buena clasificación del material existente y fundamenten tales opiniones con más sólidas evidencias. El análisis preliminar de la *Antología* mencionada caracteriza con algún acierto la autobiografía y la memoria, pero el diario íntimo se queda sin definir a pesar de los esfuerzos. Más aún, la inclusión en ella de una gran cantidad de diarios que están muy lejos de merecer el cali-

---

<sup>1</sup> MIGUEL DE UNAMUNO: *Obras completas*, V. Ed. de M. García Blanco. Afrodisio Aguado. Madrid, 1952, págs. 282 y 285. JACINTO BENAVENTE: *Obras completas*, XI. Aguilar. Madrid, 1958, pág. 494. JOSÉ ORTEGA Y GASSET: «Sobre unas Memorias», en *Obras completas*, I. Revista de Occidente. Madrid, 1947, pág. 585.

<sup>2</sup> «Las zonas desérticas de nuestra literatura», en *Revista de Literatura*, IV, número 8. Madrid, octubre-diciembre 1953, pág. 262.

<sup>3</sup> *Antología de Diarios Íntimos*, selección, notas y estudios preliminares por Manuel Granell y Antonio Dorta. Ed. Labor. Barcelona, 1963, pág. 1171.

ficativo de «íntimos» contradice las cualidades diferenciadoras que M. Granell buscó destacar en el prefacio<sup>4</sup>.

Excusa esta debilidad del estudio del escritor español la dificultad que encuentra el investigador que trata de aprehender las particularidades esenciales del diario íntimo. Como se verá en las páginas siguientes hay discrepancias en lo que atañe a la definición y aplicación del término, que parece trasladar consigo algo de la huidiza naturaleza de su materia central.

Georges Gusdorf reconoce dos categorías de diarios: externos e íntimos. Los primeros, muy cercanos a las memorias, tendrían por objeto principal el registro de acontecimientos en los cuales el mundo de los demás, el del «otro» sería tan importante como el del «yo». A manera de crónica mundana, el diarista se preocuparía de observar *hechos*, suyos y ajenos, sin sentir la necesidad de ahondar en el estudio de su interioridad para conocerse mejor, propósito central del diario íntimo. Los diarios de viaje, de campañas militares, los carnets de trabajo, serían buenos ejemplos de diarios externos<sup>5</sup>.

El diario íntimo es para Gusdorf una especie de historia de la actualidad interior en la cual la nota dominante es la preocupación y búsqueda del yo. El impulso a escribir provendría del sentimiento que experimenta el redactor de hallarse extraño a su propia realidad, que ve como un misterio que necesita descubrir. De aquí que con frecuencia los diarios íntimos se comiencen en la adolescencia, cuando es más aguda esta inquietud<sup>6</sup>.

Michèle Leleu coincide con Gusdorf al considerar que el conocimiento del yo es el estímulo dominante en los que escriben diarios íntimos<sup>7</sup> y sin detenerse mucho en definiciones, procede a hacer una clasificación del género diarístico inspirada por una declaración de Amiel, a quien la investigadora califica como el autor más representativo del diario íntimo. Leleu distingue las siguientes clases de diarios: *históricos*, aquellos en los que predominan los hechos (*acta*); *documentales*, los que recogen especialmente ideas y pensamientos (*co-gita*), y *personales*, que tienen como materia central los sentimientos

<sup>4</sup> Entre los españoles, Moratín, Jovellanos, F. Gamboa, E. D'Ors. Entre los extranjeros, Pepys, Swift, los hermanos Goncourt, etc., autores que han sido señalados como representativos de diarios no íntimos por críticos que mencionamos más adelante.

<sup>5</sup> GEORGES GUSDORF: *La découverte de soi*. Presses Universitaires. París, 1948, págs. 40-41.

<sup>6</sup> *Ibid.*, 43.

<sup>7</sup> MICHÈLE LELEU: *Les journaux intimes*. Presses Universitaires. París, 1952, página 11.

(*sentita*) y en los cuales habría que colocar los diarios íntimos. Advirtiendo que hay pocos diarios que calcen con perfección en una sola categoría, la autora agregó un cuarto grupo que llamó *mixto*, donde se incluirían las obras que son una combinación de las tres primeras divisiones<sup>8</sup>.

La existencia de estos grupos «mixtos», más la diferencia de criterios en la clasificación de ciertos diarios, es ya una indicación de la dificultad del asunto<sup>9</sup>.

Manuel Granell afirma que, a diferencia de memorialistas y autobiógrafos, el diarista maneja impresiones y no recuerdos, entendiendo por tal el recuerdo reciente, aquel que, no muy alejado de la percepción del hecho, conserva algo de su intensidad. Este juicio es válido en general para la mayor parte de los diarios, pero a él hay que agregar el hecho importante, que no menciona el crítico, de que muchos diaristas, especialmente los de escritos íntimos, tienden con frecuencia a anotar páginas retrospectivas a la manera de memorialistas y autobiógrafos, lo que alteraría un poco su declaración.

Granell sostiene, además, que el diario compartiría con las memorias lo que él llama «carácter atómico», es decir, la falta de una estructura determinada en la composición de la obra<sup>10</sup>. Nos parece que la selección de recuerdos y el criterio *a posteriori* con que el memorialista los distribuye, fenómeno observado por Granell, sí podría considerarse como una armazón estructural en las memorias. Por otro lado, aunque es cierto que el diarista tiene absoluta libertad para escribir lo que quiera y como le dé la gana, la división cronológica que sigue es, en cierto modo, una *montura organizadora de la materia vital* que nos da la obra.

A pesar de que Granell establece que el diarista escribirá para «conocerse, para desahogar sus penas, confesarse en voz baja, proyectar su vida futura, almacenar rencores, gozarse en sus alegrías, o bien por afán narcisista y hasta por exhibicionismo...»<sup>11</sup>, no entra en la discusión del porqué se escribe un diario, clave fundamental para descubrir el sentido de la palabra *íntimo*, que es el ambiguo de la combinación y que deja sin aclarar.

---

<sup>8</sup> *Les journaux intimes*, pág. 12.

<sup>9</sup> Leleu coloca, por ejemplo, el diario de J. Joubert entre los «documentales» de la rama literaria y el de M. de Biran entre los «personales» del tipo intermedio (pág. 12). Alain Girard, cuya obra citaremos más adelante, considera a ambos escritores como representantes de diarios íntimos (pág. 61).

<sup>10</sup> *Antología*, pág. XXVIII.

<sup>11</sup> *Ibid.*, pág. XXVIII.

Fuera de la división cronológica, el rasgo más obvio de cualquier tipo de diario, los críticos coinciden en que la necesidad del autoconocimiento que mueve al redactor de un diario íntimo es la característica que mejor lo diferencia de otras especies literarias afines. Cuando se comienza a averiguar el porqué de esta necesidad se empieza también a recoger los atributos más singulares de estas producciones, es decir, el conocimiento del intimista, para usar la terminología de Alain Girard, es el camino más seguro para definir el género. Esto es lo que hace Girard en *Le journal intime et la notion de personne*, obra que estudia las profundas semejanzas que existen entre los hombres que escriben diarios íntimos en la Francia del siglo XIX, y que ha sido valiosa guía para este trabajo.

Girard, que sitúa el origen del diario íntimo francés en los primeros años del siglo XIX, distingue dos generaciones entre sus iniciadores. La primera, sin modelos directos, habría escrito diarios privados entre los últimos años del siglo XVIII y la primera veintena del XIX. La segunda habría compuesto sus obras entre 1830 y 1860 y, a pesar de conocer los diarios ya publicados de Byron y Goethe, todavía no entrega sus notas íntimas a la prensa<sup>12</sup>.

Las fechas dadas por Girard se colocan aquí más que nada como hitos indicadores de un fenómeno que venía apareciendo paralelamente en Europa y América, y que tiene que ver con un paulatino cambio en la noción de la persona. Sin entrar en el estudio del origen de este cambio, hay que reconocer con Girard que en él tuvieron una profunda influencia las *Confesiones* de Rousseau y los esfuerzos de los ideólogos para fundar la ciencia del hombre basada en la observación (55). Ya en pleno siglo XIX, el triunfo de las ideas románticas, más los avances científicos y tecnológicos que contribuyeron a debilitar la fe religiosa aumentando la angustia existencial, pueden explicar en parte el clima favorable que existió para el cultivo de esta clase de escritos.

El dato cronológico sirve además para poner en evidencia el valor del *Diario* de Hostos como obra pionera de su tipo, ya que, según el esquema de Girard, el puertorriqueño, que comenzó a escribir su *Sonda* en 1858<sup>13</sup>, lo hace en el mismo tiempo que la segunda generación de

---

<sup>12</sup> ALAIN GIRARD: *Le journal intime et la notion de personne*. Université de Paris, Faculté de Lettres et Sciences Humaines, Paris, 1963, pág. 58. Las referencias posteriores a esta obra, por tratarse de la misma edición, llevarán sólo el número de página a continuación de la cita.

<sup>13</sup> «Sonda» es el nombre que Hostos da a la obra, según el mismo *Diario*. *Obras completas*, II. Talleres de la Cultural. La Habana, 1939, pág. 209. Las fu-

iniciadores del género en Francia<sup>14</sup>. Si bien la tendencia a la interiorización se venía abriendo paso desde mucho antes con formas literarias como la novela personal por ejemplo, son escasísimos los diarios publicados por esa época que puedan considerarse como íntimos<sup>15</sup>. Fuera de las páginas autobiográficas de Goethe y Byron, que seguramente conoció, Hostos no tuvo muchos modelos directos al empezar su *Diario*, especialmente en España, donde el género era inexistente en esa fecha<sup>16</sup>.

---

turas referencias de esta edición llevarán el número del volumen y el de la página a continuación de la cita.

<sup>14</sup> Los tres períodos que Girard distingue en el desarrollo del diario íntimo francés van: el primero, de 1800 a 1850-1860; el segundo, de 1860 a 1900-1910, y el tercero, de 1910 hasta hoy día (pág. 58).

<sup>15</sup> En Francia, antes de 1860, sólo se habían publicado fragmentos de diarios de dos intimistas: Joseph Joubert y Maine de Biran. La primera edición de la obra de Amiel apareció en 1882. Sobre esto ver la obra de Girard, páginas 61-66.

<sup>16</sup> En el prólogo de la segunda edición de *La peregrinación de Bayoán*, Hostos dice que en 1863 conocía el *Werther*, toda la obra de Byron y la de otros «vagabundos de la fantasía», como Hugo, Lamartine, Fóscolo y Musset (Ed. Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1970, pág. 18). En el mismo prólogo, Hostos confiesa su admiración por Silvio Pellico, cuya obra *Le mie prigioni*, especie de memorias de un período de la vida del patriota italiano, pudo estimular la escritura del diario del puertorriqueño. En cuanto a diarios españoles publicados, son muy escasos y todos podrían clasificarse como «externos», para usar la terminología de Gusdorf. Entre los *Diarios* de Jovellanos, demasiado discretos para entrar en la categoría de íntimos, y los ensayos de Unamuno, que Juan Marichal llama «la primera confesión personal de un español ante el mundo» (*La voluntad de estilo*. Barcelona, 1957, pág. 236), y que por obvias razones formales no pertenecen al género, no parecen existir diarios íntimos en nuestra lengua antes del de Hostos.

## II

### RASGOS REPRESENTATIVOS DEL «DIARIO» ÍNTIMO APLICADOS A LA OBRA DE HOSTOS

#### PUBLICACIÓN

En cualquiera época el carácter de un escrito autobiográfico está estrechamente relacionado con el hecho de su publicación. Si el escritor piensa en determinados lectores, la selección del material, el embellecimiento literario, toda la atmósfera tal vez, dependerán de quién va a leer la obra. Los diarios llamados «externos» por Gusdorf, son los que por su naturaleza tienden a dirigirse a públicos específicos y a publicarse aún cuando está vivo su redactor.

La situación es diferente en cuanto al diario íntimo. Respecto a él se puede sostener de manera general, que el que lo escribe lo hace sin pensar en el otro yo del lector. Como veremos más adelante, el verdadero intimista escribe fundamentalmente para sí mismo y por causas ajenas a la búsqueda de la publicidad por medio de la imprenta. Aunque sería imposible mantener que el redactor de un diario íntimo no tenga de vez en cuando el deseo o la esperanza de estar componiendo una obra imperecedera (piénsese en Amiel, por ejemplo), no es ésta la fuerza más poderosa que mueve su pluma.

Este fenómeno explica en parte la más tardía aparición del diario íntimo, en relación a otros tipos de diarios. Girard señala que aunque entre 1860 y 1910 se publican algunas de estas producciones, ellas se dan a conocer sólo en forma fragmentaria y ninguno de los autores ve por sí mismo la impresión de sus escritos. Habrá que esperar hasta después de 1910 para que la publicidad se acepte como parte del proceso del género<sup>1</sup>.

La primera publicación del *Diario* de Hostos fue hecha en 1939, treinta y seis años después de la muerte de su autor, y constituye los

---

<sup>1</sup> *Le journal intime*, págs. 87 y 88.



dos primeros volúmenes, de veinte, de las *Obras completas* que el Gobierno de Puerto Rico mandó imprimir para celebrar el primer centenario del natalicio del prócer<sup>2</sup>. La edición estuvo a cargo de Juan Bosch, ayudado por Eugenio Carlos, hijo mayor del escritor, quien tradujo las partes del diario escritas en inglés y francés. Eugenio Carlos advierte en otro lugar que en 1898 su padre le había pedido no publicar «nada de él que pudiese aparecer hiriente»<sup>3</sup>. No sabemos si esta petición influyó de algún modo en la publicación del *Diario*<sup>4</sup>, en todo caso es obvio que no tenemos toda la obra que Hostos escribió. Además de la pérdida de manuscritos diversos que ocurrió, algunos de los cuales pudo pertenecer al *Diario*, la misma versión publicada alude a anotaciones previas que no aparecen en el texto<sup>5</sup>.

También es aparente por el escrito que Hostos lo compuso sin que lo guiara el afán de la publicación. Basta abrir cualquier página del *Diario* para constatar que el puertorriqueño está escribiendo esencialmente para sí mismo. Si en un par de ocasiones el diarista imagina la posibilidad de que otros puedan leer su obra («pero verdad es también que si lego una fuente de estudios psicológicos a los que estudien mi carácter...», I, 104), el objeto de la diaria anotación tiene que ver no con la ambición de la publicidad, sino con otras más íntimas necesidades, como veremos.

#### EXTENSIÓN DEL «DIARIO»

Aunque es lógico admitir que no se puede fijar un límite exacto a la extensión del período de vida que debe cubrir un diario, hay que

<sup>2</sup> Según apéndice explicativo en *Hostos, peregrino del ideal* (París, 12, rue Lagrange, 1954, pág. 419), hubo dos ediciones en 1939: la conmemorativa del Gobierno de Puerto Rico y una comercial que es la que usamos (Habana. Ed. Cultural). Todos los ejemplares que hemos logrado ver corresponden a la tirada impresa en la Habana, por lo que pensamos que se trata de una misma edición con dos impresiones. En 1969 se volvieron a imprimir las *Obras completas* en edición facsimilar de la primera, de 1939 (San Juan, Puerto Rico. Editorial Coquí; editor, Emilio M. Colón).

<sup>3</sup> *Hostos, peregrino del ideal*, pág. 421.

<sup>4</sup> Don Adolfo de Hostos, hijo del autor, nos aseguró que la edición contiene todos los manuscritos encontrados. No hemos podido ver el original (copia en Library of Congress), que sólo podrá consultarse a partir de diciembre de 1972. (Este trabajo se terminó de escribir a comienzos de 1972.)

<sup>5</sup> Para obras perdidas, ver *Hostos, peregrino...*, págs. 424-425. No aparecen en el presente texto los diarios de junio de 1868 que el diarista dice haber «releído» (I, 64). Los compiladores indican la pérdida de páginas de agosto de 1868 (I, 74), sin decir cómo se dieron cuenta de la desaparición.

reconocer que todos los diarios íntimos dignos de mención, se prolongan por un cierto número de años y se escriben con cierta regularidad. Para Girard, la extensión y la regularidad del diario íntimo son una manifestación de la inclinación introspectiva de su autor, rasgo inherente que lo singulariza como intimista (5).

Los diarios publicados de Hostos se extienden desde 1866, cuando el escritor tenía veintisiete años, hasta 1903, cinco días antes de su muerte. A pesar de que hay veinte años de silencio entre 1878 y 1898, que pueden recapturarse en parte por medio de otras páginas<sup>6</sup>, las anotaciones que tenemos exceden en cantidad a muchos de los diarios de intimistas considerados como representativos<sup>7</sup>. El cuadro que damos a continuación trata de mostrar la extensión y la regularidad con que Hostos llevó su *Diario*:

<i>Año</i>	<i>Total meses</i>	<i>Total días</i>
1866 .....	4	21
1867 .....	4	1
1868 .....	3	30
1869 .....	6	45 *
1870 .....	10	120
1871 .....	8	12
1872 .....	6	11
1873 .....	8	30
1874 .....	12	55
1875 .....	4	31
1877 .....	3	3
1878 .....	3	21
1898 .....	3	30
1899 .....	1	14
1900 .....	3	61
1903 .....	6	42

\* Dos anotaciones por día<sup>8</sup>.

<sup>6</sup> Nos referimos al volumen tercero de las *Obras completas*, titulado *Páginas íntimas*, que contiene trozos como «Inda», escrito en forma de diario, que podría incluirse en una más cuidada edición del *Diario* con mayor razón que otros que trae la publicada. Aludimos a la interpolación de cartas y discursos que no pertenecen al texto y que no se justifican en un diario íntimo (I, 88 a 116; II, 220 a 259, por ejemplo).

<sup>7</sup> GIRARD: *Le journal intime*, págs. 58 y 59.

<sup>8</sup> El 10 de octubre tiene dos anotaciones (I, 159-167). Hay que hacer notar que la edición tiene varios errores de imprenta. En lo que a fechas se refiere, por ejemplo, véanse las páginas 270 y 275 del primer volumen, donde hay confusión

Si se compara el total de quinientos treinta y dos días en que Hostos hizo anotaciones con las 721 de Amiel en un solo año, la cifra puede parecer exigua<sup>9</sup>. No lo es, sin embargo, cuando se le contrasta con otros diaristas conocidos a los que el puertorriqueño aventaja en extensión<sup>10</sup>.

La interrupción que ocurre entre 1878 y 1898 en el *Diario* de Hostos no es fenómeno extraordinario dentro del género. Fuera de la figura excepcional de Amiel, casi todos los intimistas muestran intermitencias de diversa longitud en la continuidad de sus obras. De los autores que Girard estudia, por ejemplo, Biran no escribe entre 1795 y 1811, *Stendhal entre 1818 y 1823*, y así con otros (58).

El corte cronológico entre 1878 y 1898 en el *Diario*, es particularmente interesante porque separa dos tipos diferentes de escrito. El primero y de mayor volumen va de 1866 y 1878 y corresponde en todas sus características a lo que Girard define como «íntimo». El segundo, de 1898 a 1903, tiende a parecerse más al diario que Leleu llama «personal-documental» y que coloca en la categoría de mixtos. Esta segunda parte, aunque contiene páginas que pueden llamarse íntimas, abunda en el registro de hechos y sucesos «externos» y la reflexión sobre sí se hace más escasa. Esto no invalida, sin embargo, nuestra contención de que el calificativo de diario íntimo es el adecuado para la obra, ya que como han dicho Girard y Leleu, los diarios de un tipo absoluto son inexistentes<sup>11</sup>, y, más importante aún, en esta segunda parte Hostos todavía sigue ajustándose a los rasgos específicos que distinguen a un «intimista», como veremos.

La división cronológica tiene además una explicación en la vida de Hostos que coincide con la causa de interrupciones similares en otros intimistas. Como Biran que abandonó su diario al contraer matrimonio en 1795 para reanudarlo dieciséis años más tarde, Hostos también dejó de escribirlo después de su casamiento en 1877. Si se revisan las anotaciones de 1878, se verá que son producto de la primera separación que tuvo que sufrir la pareja Hostos-Bonilla, como

---

entre marzo, mayo y febrero. En la página 279 del mismo libro, aparece el 14 de agosto entre el 12 y el 24 de marzo. La nueva edición, de 1969, no ha corregido o explicado estas anomalías.

<sup>9</sup> GIRARD: *Le journal intime*, pág. 429.

<sup>10</sup> Véanse en el libro de Girard las cifras que tiene para los diarios de Constant o Stendhal (pág. 58) o las que da para los autores que él denomina «menores», como Mme. de Staël, Lamartine o George Sand (pág. 67).

<sup>11</sup> *Le journal intime*, pág. 6; *Les journaux intimes*, pág. 7.

lo son también la mayoría de las páginas posteriores a ese año, escritas casi siempre por un Hostos alejado de su familia.

El fenómeno descrito más arriba está de acuerdo con la opinión de Gregorio Marañón de que los casados rara vez escriben diarios íntimos, labor que sería más bien exclusiva de hombres solitarios y tímidos<sup>12</sup>. Este juicio se va a confirmar mejor en los próximos apartados, donde trataremos de explorar las razones que mueven al intimista a escribir su obra.

#### POR QUÉ SE ESCRIBE EL «DIARIO» ÍNTIMO

Como para cualquier otra clase de escrito, existe en el que escribe un diario el deseo de dejar un recuerdo tangible y permanente de su paso por el mundo. En el diarista, esta aguda necesidad humana de combatir la inevitable desaparición, se combina con el también natural anhelo de conservar los hechos que se consideran dignos de memoria, para anticiparse a la otra clase de desaparición que imponen la vejez y el olvido.

Fuera de estos motivos de tipo general, hay otros que están estrechamente ligados a la particular personalidad que posee el intimista y que son los resortes exclusivos que generan el diario llamado íntimo. Trataremos de verlos en forma separada, reconociendo la dificultad y artificialidad de la tarea, pues todos estos elementos están indisolublemente unidos y unos originan o producen a los otros.

#### CRISIS

Según Alain Girard, en el comienzo de un diario íntimo se halla siempre una crisis personal que el autor busca aclarar y aliviar por medio de la anotación (452). Esta razón explicaría el hecho de que estos escritos se empiecen casi siempre en la primera juventud. Ambas condiciones se cumplen perfectamente en el *Diario* de Hostos. Aunque las notas publicadas empiezan en 1866, a los veintisiete años del escritor, el mismo diario indica que lo comenzó en 1858: «*Diario de mi vida*, empezado a los dieciocho años, con objeto de estudiarme a mí mismo, dominarme, mejorarme y proceder según conciencia» (II, 209). Fuera de esta específica referencia a la iniciación de su obra, hay otras

<sup>12</sup> GREGORIO MARAÑÓN: *Amiel, un estudio sobre la timidez*. Espasa-Calpe. Madrid, 1952, pág. 315.

alusiones que indican más directamente la causa de esta labor. En mayo de 1868 escribe: «Estoy repitiendo mi novela de los dieciocho años...; hoy como entonces estoy enamorado sin amar, descontento de mí mismo» (I, 53). En 1869, después de un silencio de varios meses, Hostos reanuda su *Diario* con el claro propósito de curarse de una crisis y se refiere de nuevo a la situación que originó el escrito: «Con el mismo fin, más lúcidamente vislumbrado, que en 1858 me curó instintivamente de los desarreglos de la imaginación, emprendo hoy la tarea, tantas veces recomenzada, tantas veces abandonada, tantas veces reconocida como salvadora» (I, 117).

El mismo diarista usa la palabra crisis para designar el inquieto estado de ánimo que le obliga a tomar la pluma: «Voy a hacer un resumen lo más exacto posible de los últimos años de mi vida y de las causas determinantes de mis acciones. De ese modo favoreceré la crisis que siento ha comenzado en mi espíritu» (II, 108).

Si una crisis es el punto de partida para comenzar el diario, es natural suponer que su cultivo a lo largo de un período de tiempo es indicación de que los problemas personales que producen esas crisis no han hallado solución. Así lo estima Girard, quien llega hasta a afirmar que la autenticidad de un diario íntimo estará en relación directa con la intensidad con que el diarista describa y refleje este conflicto (170). En otras palabras, el diario íntimo durará mientras su autor sienta la necesidad de aliviar por medio de él las angustias espirituales que está sufriendo.

En el caso de Hostos, con la excepción de aquellas páginas que se refieren a sus actividades como enviado de Puerto Rico en Washington, en 1898, y a unas pocas entre 1900 y 1903, el *Diario* es testigo fiel de un conflicto interior que el escritor busca mitigar por medio del autoanálisis. Las citas anteriores ilustraban ya lo que decimos; no obstante, daremos otro ejemplo porque él evidencia muy bien el propósito psicoterápico que Hostos atribuía a su escrito:

«¿Es tiempo todavía para ser hombre? Lo veremos. Recurramos a los veintisiete años al mismo remedio que me salvó a los diecinueve. Moderemos la imaginación dirigiendo cada noche o cada mañana una mirada atenta al fondo de este caos que va conmigo; ejercitemos otra vez la reflexión... Del mismo modo que este breve trabajo de un momento ha calmado ya la neuralgia, debe calmar, quiero que calme dolores más intensos» (I, 24, 25).

El imperioso deseo que siente el intimista de autoexaminarse por el efecto positivo que cree obtener con ello, es según Girard otra de las características que comparten los escritores de diarios íntimos. El crítico habla de la función psicoterápica del diario como una necesidad ineludible, que de no satisfacerse arriesga la salud espiritual y la ruptura del equilibrio necesario para la convivencia social (526). Este problema, más delicado de lo que parece, ha sido estudiado con atención por los especialistas del tema<sup>13</sup>. Aquí nos interesa señalar la fina perspicacia de Hostos para reconocer las consecuencias de su actividad, adelantando conclusiones que inciden sobre fenómenos desconocidos en su época. El puertorriqueño, además de observar en innumerables ocasiones las ventajas de la práctica del autoanálisis<sup>14</sup>, adivinó también sus peligros: «... el *Diario*, estudio incesante de mí mismo, sustituía a otro estudio, y empezaba a hacerme el inmenso bien y el mal incalculable que nos hace el demasiado conocerse o tratar de conocerse» (II, 290).

#### RECHAZO DE SÍ

¿Cuáles son las causas del casi permanente estado conflictivo que empuja al intimista a la redacción de su diario? A grandes trazos se puede resumir en una esencial: el descontento del escritor consigo mismo, el rechazo a su modo de ser en el momento que escribe. Dice Girard sobre esto: «... la conscience de l'intimiste est une conscience malheureuse. Elle ne s'éveille que pour faire le compte de ses manques» (502). «L'intimiste ne s'accepte pas» (533).

Hostos se ajusta con penosa precisión a esta característica. Líneas como las siguientes son muy numerosas: «Muy mal, muy mal: no puedo estar contento de mí mismo» (I, 42). «Este es el hombre que soy...; un hombre inútil, inutilizado, inutilizable» (I, 227). «Me muero de descontento de mí mismo y soy impotente para todo» (I, 26).

Es natural que el descontento de sí que experimenta el intimista lo mueva a tratar de cambiar su conducta y a modificar su carácter. El *Diario* de Hostos ofrece una dramática exposición de las luchas que consigo mismo libra el diarista, empeñado en transformarse, en

<sup>13</sup> LELEU: *Les journaux*, caps. VIII y IX; *Le journal*, págs. 527-533.

<sup>14</sup> «Conozco bien la utilidad del sondeo y vuelvo siempre a él» (II, 39). «Aunque la razón determinante de este estudio superficial no tenga mucha trascendencia, me conviene comenzar a ver claramente las causas de mi fracaso perpetuo. Si la síntesis me mata, el análisis me salva» (II, 12).

llegar a «ser», para usar su propio lenguaje: «Si logro aprender, lograré ser» (I, 166). «Si conocerse es perfeccionarse, no desmayemos, ¡yo puedo ser!» (I, 37).

La presentación del «yo» en proceso de formación o de cambio, o con voluntad de cambio que exhibe el diario íntimo, es uno de los rasgos distintivos que lo diferencia de autobiografías y memorias. En estos últimos escritos el autor no se pone en cuestión, se acepta como es, lo que le permite poner más atención en lo externo y contemplarse como una unidad desde el pasado al presente. Sobre este fenómeno Girard habla del «yo glorioso» de los memorialistas, para oponerlo al «yo sufriente» de los intimistas (19).

### FRACASO

El descontento de sí impulsa al intimista a fijarse con especial atención en sus debilidades y a considerar su vida como un fracaso. Todo un subcapítulo del libro de Girard está dedicado a considerar la impresión de fracaso que permea estas composiciones, uno de sus rasgos más característicos (510-513). En el *Diario* de Hostos este sentimiento es un tema dominante. El escritor está constantemente revisando los hechos que no ha logrado realizar y el mal uso de sus cualidades: «Todo lo que era una esperanza se ha convertido en un fracaso; la inteligencia no me sirve para nada; el carácter no me sirve para nada...» (II, 142).

Especialmente dolorosa es la emoción que experimenta el diarista al comparar el menguado resultado de sus acciones con los ambiciosos sueños y planes que construye:

«Es insoportable esta vida. Siempre ante mi razón y ante la conciencia el contraste de lo que soy y lo que pudiera ser, de lo que debo y quiero con lo que puedo; de lo que hago con lo que sería capaz de hacer...» (I, 379).

La mejor ilustración del sentimiento que comentamos se encuentra en una extensa lista que Hostos compone en 1874 denominada «todo lo que he perdido y por qué», que además de muertes de seres queridos, se detiene en fracasos sociales, morales, de inteligencia, de voluntad, etc. (II, 156-158).

Aun en la vejez, después de haber realizado una obra patriótica y pedagógica reconocida por muchos, Hostos todavía siente que no ha hecho todo lo deseado debido a sus propios defectos. Lo siguiente lo

anota el autor en 1903, año de su muerte: «No será perseverancia vulgar la que me falta; pero algo muy especial me falta para llevar a cabo las obras que me propongo» (II, 418).

### INADAPTADO SOCIAL

El descontento de sí mismo que revela el intimista tiene que ver directamente con el dolor de sentirse desadaptado, fuera de la órbita social apropiada, como se ve en las angustiadas palabras de Hostos que siguen:

«¡Oh!, me hacen falta circunstancias, hace diez años que estoy buscándolas y perdiéndolas, diez que estoy padeciendo el tormento infernal de estar siempre fuera de mi orden, y es necesario que o caiga en mi centro de gravedad, y que repose, o que me arrastren otras fuerzas y me destrocen» (I, 380).

Alain Girard juzga como una verdadera aflicción el sufrimiento de inadecuación social que experimentan los intimistas y para el crítico todo diario íntimo es el resultado del sentimiento de fracaso ante los otros (545).

Hostos se queja con frecuencia de su inhabilidad social: «No nací con naturaleza idónea para el triunfo social» (I, 81). «Cuanto hago, cuanto pienso, cuanto siento, es inadecuado a los fines de relación» (I, 62). «Aun cuando me sentía fuerte en mis ideas, me sentía débil en mis relaciones con los hombres» (II, 109). «El hecho social me oprime...» (II, 136).

El no sentirse apreciado socialmente, va naturalmente seguido por la impresión de ser desconocido e incomprendido, hecho anotado a menudo por el puertorriqueño: «Que no me conozcan, nada extraño; que sea imposible conocerme, culpa mía» (I, 166). En 1869 el autor se lamenta porque no se comprendan ni a él ni a sus escritos (I, 195), y en 1870 se reprocha el desarrollar «un pensamiento que nadie entiende» (I, 349).

### SOLEDAD

La aflicción de sentirse inadecuado e incomprendido tiene como inevitable corolario un profundo sentido de soledad, nota señalada como muy característica entre los autores de diarios íntimos por Leleu,



Marañón y Girard<sup>15</sup>. Este último establece que este tipo de escrito no puede existir sino en soledad (113) y categóricamente afirma que «Tout intimiste est un solitaire, par goût ou par nécessité» (191).

En el *Diario* de Hostos el agudo sentimiento de soledad que se expresa tan a menudo aparece tanto buscado por el mismo diarista como resultado de circunstancias que él no puede controlar. En 1878 el escritor reflexiona que desde muy temprano en su vida había empezado «el hábito del aislamiento» (II, 289) y en otra ocasión se pregunta si será favorable el sentir como benéfico el hecho de cultivar tan pocas relaciones sociales (I, 84).

La mayoría de las veces, sin embargo, la soledad es para Hostos una carga inevitable, de las más penosas que debe soportar: «Estoy profundamente triste. Motivos inmediatos: la soledad, que me es tan dolorosa, y que me atormenta» (II, 88). Las páginas del *Diario* repiten una y otra vez: «No tengo un solo amigo» (I, 223). «Vivo en absoluta soledad» (I, 287). «No tengo amigos; no tengo placeres de ninguna especie» (II, 43).

Como en otras ocasiones, Hostos rehúsa excusar su situación amparándose en la fatalidad o la mala suerte. Al contrario, el diarista reconoce que si está solo se debe tal vez a sus propias imperfecciones (II, 68) y no vacila en culparse: «Me pregunté la causa de aquella soledad aterradora, la razón de aquella impotencia del aislamiento, y me culpé» (I, 43).

Hay que hacer notar que el *Diario* que reaparece en 1898 del Hostos ya casado y padre de numerosos hijos, no manifiesta el agónico sentimiento de soledad de las anotaciones escritas veinte años antes.

#### REMEMORACIÓN

La atracción a recordar con frecuencia el pasado y a examinarlo con minuciosa atención es una característica destacada entre los escritores de diarios íntimos. Michèle Leleu habla del predominio de la memoria afectiva como una de las constantes halladas entre los intimistas (41), y Girard, acentuando el mismo fenómeno, manifiesta que la obra intimista podría considerarse más retrospectiva que introspectiva a veces (514).

Además de la anotación de recuerdos del pasado distante, el gusto

<sup>15</sup> LELEU: *Les journaux*, pág. 39; MARAÑÓN: *Amiel*, pág. 315. El libro de Giraud alude muchas veces a este tema, pero, sobre todo, en el subcapítulo «Le monde intérieur et la solitude», págs. 494-498.

por la rememoración se traduce en un constante registro de aniversarios, rasgo muy evidente en la obra que estudiamos. Los aniversarios de la muerte de su madre son los que Hostos apunta con más frecuencia (I, 229; I, 317; II, 289; II, 304). Generalmente el recuerdo de su madre sume al diarista en un estado de dolorosa frustración y recuento de sus fracasos, que contrasta con las esperanzas que ella había puesto en su destino (II, 289-293).

Las miradas retrospectivas, especie de balance del pasado que tanto abundan en el *Diario*, son espoloadas por los cumpleaños del autor (II, 75), o por aniversarios de episodios muy significativos, como la muerte de una hermana (II, 13), el abandono de una novia (II, 135) o, simplemente, el de un día más feliz (II, 156).

### TRISTEZA

A esta altura cabría preguntarse si los diarios íntimos registran de preferencia lo penoso y triste de la vida del autor. Dadas las causas examinadas como posibles fuerzas generadoras del diario, no es de extrañar que la respuesta sea positiva. El intimista, con su necesidad de curar los aspectos de su personalidad que juzga negativos va a fijarse con especial atención en sus debilidades, va a acentuar más sus faltas que sus virtudes, va a contar más sus penas que sus alegrías<sup>16</sup>. El *Diario* de Hostos no es excepción en este punto. El tono dominante de la obra proviene de los estados de tristeza y melancolía que el diarista vive con tanta frecuencia: «He pasado todos estos días ahogando en el trabajo la tristeza que me circunda» (II, 36). «Caí en una melancolía abrumadora» (I, 262). «Quisiera tener aquella tenacidad observadora de los primeros días de dolor para analizar el sentimiento de profunda y veheméntísima tristeza que experimento desde hace quince días» (I, 79).

Tan constantes son sus estados depresivos, que el escritor se exhorta a «ponerle cuidado» a su tristeza (II, 158) y a observarla como si fuera una verdadera enfermedad, como estudiaremos más adelante.

Es importante recordar esta tendencia del intimista a acentuar algunos aspectos más que otros de su vida y personalidad, porque a menudo se tiende a considerar los diarios íntimos como espejos bas-

<sup>16</sup> M. Leleu tiene una parte titulada «Ennuï. Melancholia», en su capítulo de las constantes (pág. 40). Giraud, al afirmar que los intimistas tienden a acentuar lo negativo, dice: «La joie ne se raconte pas, la plénitude intérieure se suffit à elle-même» (págs. 167-168).

tante fieles del autor y su existencia. Aunque no se puede negar que ellos son instrumento de extraordinaria importancia en este sentido, habrá que tener presente que hay múltiples aspectos que, por otras tantas razones, no figuran en los diarios. Aun en el caso de la más rigurosa sinceridad y de la mayor extensión en detalles, ningún diario puede arrogarse la virtud de retratar por entero al hombre que escribe; tal empresa, como lo han probado los estudiosos, es imposible<sup>17</sup>. Sin entrar en el complicado problema de la verdad, objeto de especiales estudios de parte de los investigadores de temas autobiográficos<sup>18</sup>, queremos insistir en que el diario íntimo presenta sólo una visión parcial de una vida y de un ser humano, que es una misma luz la que ilumina las interioridades, por lo que habrá que suponer una serie de zonas vedadas que, de aclararse, pudieran equilibrar las sombras que se nos dan. Esto es especialmente pertinente para nuestro próximo apartado, donde trataremos de buscar en el *Diario* de Hostos algunas de las particularidades psicológicas comunes entre los intimistas.

---

<sup>17</sup> Véanse la parte III: *L'attitude critique et la connaissance indirecte* y el último capítulo del libro de Gusdorf.

<sup>18</sup> Michèle Leleu trata el problema en sus «Remarques Terminales. Le problème de la sincérité», de su libro (págs. 307-319).

### III

## RASGOS SOBRESALIENTES DEL INTIMISTA

### INTROVERSIÓN

El rasgo caracterológico más obvio de los intimistas, condición *sine qua non* en la producción de un diario íntimo, es la disposición introspectiva de su autor. Esta clase de escrito no podría existir sin una poderosa inclinación en su redactor a replegarse sobre sí mismo para observarse. Eugenio María de Hostos no sólo poseyó esta tendencia, sino que además practicó con asiduidad la introspección, esfuerzo voluntario y metódico de autoanálisis, que hace uso de esta cualidad<sup>1</sup>. La naturaleza introvertida de Hostos se ha asomado ya a través de citas anteriores, lo que hace innecesario que insertemos más ejemplos. Lo que sí queremos acentuar a este propósito es que el despiadado examen que el diarista hace de sus debilidades y de su soledad, su angustioso descontento consigo mismo; en fin, la meta manifiesta del *Diario*, no tendrían lugar sin la voluntad y empeño para la exploración interna.

Al parecer, el puertorriqueño, además de autoobservarse con constancia tenaz, comentó esta práctica con los demás, como se ve en las líneas que siguen:

«Tratando de explicar la exuberancia de mi subjetivismo, me puse a hablar de aquello que me es más familiar: de los efectos que en el ser interior y en el social produce la habitual contemplación interna» (I, 56).

---

<sup>1</sup> Girard discute la diferencia que hay entre la simple observación y la introspección (*Le journal*, pág. 5).

## TIMIDEZ

Otro de los componentes esenciales de la personalidad de los intimistas según los estudiosos es la timidez. Michèle Leleu, al buscar las constantes caracterológicas de los «sentimentales», grupo que cultiva el diario íntimo con mayor frecuencia, menciona la vulnerabilidad, la timidez y el gusto por la soledad, como rasgos afines sobresalientes (38). El subtítulo del libro de Marañón sobre Amiel, «Un estudio sobre la timidez», indica ya la misma opinión al respecto. En la obra de Girard se encuentra la siguiente declaración: «Tous les intimistes, sans exception aucune, plus ou moins gravement, mais fondamentalement, ont été des timides. Il y a là un trait qui commande à bien des égards à la fois leur histoire et le sentiment qu'ils eurent de leur personne, leur position dans le monde et en face des autres, et la conscience qu'ils en eurent» (131).

Hostos, con su habitual sinceridad y perspicacia en el autoanálisis, se reconoce como tímido en más de una ocasión: «¿Por qué vacilo ante la realidad y la armo con los temidos aguijones de mi propia timidez?» (I, 280). «No sé moverme a tiempo, tengo una profunda timidez para el movimiento» (I, 227). En 1872, a los treinta y tres años de edad, el diarista se duele de sentirse todavía «tan niño, tan tímido, tan temeroso, tan pasivo...» (II, 38-39). Al año siguiente apunta: «No se puede ser más delicado que yo y aún creo que mi delicadeza llega a tener algo de timidez, lo cual me hace sufrir» (II, 69). En 1874 defiende su timidez como una virtud: «La timidez es y será siempre mi virtud. He tenido que serlo, soy tímido» (II, 161), virtud que, sin embargo, lo ha apartado hasta de placeres inocentes, como reconoce más tarde (II, 290).

## IDEALISTA

Los investigadores de la timidez se han referido a lo que ellos llaman «la enfermedad del ideal», para calificar la fuerte tendencia de los tímidos a perseguir un elevado ideal de conducta humana con el consecuente rechazo de la realidad circundante que no aceptan como tal<sup>2</sup>. Leleu usa esa frase para denominar esta característica que consi-

<sup>2</sup> L. DUGAS: *La timidité, étude psychologique et morale*. Félix Alcan, editor. París, 1907, págs. 78 y sigs.

dera clave para explicar muchas reacciones de los escritores de diarios íntimos (93).

El insistente empeño de Hostos para acercarse y acercar su vida al ideal con que sueña es fuente de frecuentes crisis, de gran parte del descontento consigo mismo que hemos mencionado, y del ahínco que pone para cambiarse y cambiar la realidad que lo rodea. El mismo lo ve así, con angustiosa clarividencia:

«Y he aquí cómo por desdeñar mi experiencia diaria, por empeñarme en variar la realidad, por insistir en hacer vida heroica, estoy no haciendo nada por las Antillas, estoy disgustado de lo que veo en el pasado y de lo que veo en el presente y para el porvenir, estoy cada vez más descontento de mí mismo en un abismo cada vez más hondo, cada vez más alto mi ideal, cada vez más bajo yo...» (I, 222).

El ideal que persigue el patriota corresponde en general a esta definición, según sus propias palabras: «Mi ideal... es la realización de lo grande, lo bello, lo bueno, lo justo y lo verdadero» (I, 205). En términos más específicos, los ideales que mueven su conducta se pueden reducir a dos: llegar a ser el hombre que él concibe como óptimo y poder realizar la liberación y engrandecimiento de las Antillas.

¿Cuál es la concepción hostiana del ser humano? El escritor se explaya varias veces sobre este tema<sup>3</sup>. En síntesis puede decirse que es el hombre en el cual las tradicionales facultades —razón, sentimiento, voluntad— se han desarrollado en forma apropiada y se equilibran armoniosamente vigiladas por una atenta conciencia: «Sentimiento, debo amar. Inteligencia, debo conocer. Conciencia, debo imponer todos mis derechos y cumplir todos mis deberes. Voluntad, debo hacer lo que sé es bueno y justo...» (II, 78).

El *Diario* es elocuente testigo de los esfuerzos del diarista para acercarse a este ideal. No hay que olvidar que el logro del autoperfeccionamiento es el propósito explícito de la obra. Las exhortaciones, los llamados de atención sobre debilidades, ciertas reglas y ejercicios para

<sup>3</sup> «Cumple con todos tus deberes y gozarás de todos tus derechos. Tu primer deber es ser hombre: no lo cumplas y llevarás contigo tu muerte. Tu primer derecho es el de gozar de la armonía de tu ser con todo lo que existe. Perfeccionate, es decir, sométete al deber, y la armonía será» (I, 36).

«Armonía es seguridad. Seguridad es salud... Luchemos, pues, pero luchemos con todas nuestras fuerzas, con razón que dirija la voluntad y el sentimiento, con sentimiento que armonice razón y voluntad» (I, 125). Más sobre esto: I, págs. 194, 235; II, pág. 78.

mejorarse abundan en las páginas: «... al entrar un poco en mí mismo, he visto que todavía hay que construir, y voy a tratar aún de construir al hombre que busco. No lo conseguiré, pero el esfuerzo me mejorará» (II, 42). «... amigo de lo mejor, nunca he sabido hacer lo bueno: aprendamos a hacerlo modesta y resignadamente, aspirando a lo más difícil y acercándonos al ideal» (I, 30). «Si tengo constancia, este trabajo completará el de mi inteligencia y lograré ser hombre completo» (I, 25).

No todas las normas elaboradas por el autor se contienen en fórmulas generales como las citadas; algunas de ellas llevan objetivos bien específicos, como veremos al observar lo relacionado con la voluntad más adelante.

Es conmovedor comprobar que hasta en la vejez Hostos sigue preocupado con su deseo de perfeccionamiento. Así escribe a los sesenta y cuatro años de edad, cuando ya había servido dignamente a Puerto Rico y otros países hispanoamericanos: «... subsiste hasta los últimos días de mi vida el afán de mejoramiento de mí mismo que tanto, aunque creo que tan en vano, me ha dominado» (II, 421).

El progreso de sí que persigue el diarista está, como dijimos, estrechamente relacionado con la noción de sus deberes patrióticos, por lo que no sorprende comprobar que la libertad de Puerto Rico y del resto de las Antillas sea una idea central del *Diario*. El propio Hostos se refiere a este doble ideal que enlaza la formación de sí mismo con la libertad de su patria: «... la necesidad de ser lo que creo deber hacer para realizar mi doble ideal de la independencia de mis islas y de mi carácter, todo me empuja hacia una resolución...» (II, 76).

Para el puertorriqueño, la patria se antepone a todo otro deber, incluso al de velar por su familia (I, 33; II, 98), y el escrito refleja muy bien las dudas, los fracasos, las cóleras, los dolores que su lucha por la liberación de las Antillas provoca en su diario existir. Como dramáticamente lo expresa el autor, lo relativo a Puerto Rico es para él asunto de vida o muerte, de ser o no ser: «¿Quién sufre o goza más de las renovaciones alternativamente tristes o placenteras de la patria que yo? ¿Para quién es como para mí, cuestión de vida o muerte, de ser o no ser, la de hacer una patria política, social, intelectual, moral, de la que geográficamente debo a la naturaleza?» (II, 133).

Como con su vida, Hostos se construye una patria ideal y se empeña en realizarla: «¡Ah, cuándo me dará mi esfuerzo la patria que idealmente estoy construyéndome hace años!» (I, 126). Cuando algunos le señalan la verdad diferente sobre ciertos hombres y ciertos hechos,

él, nos lo dice con sus propias palabras, insiste en «encaramarse en su ideal» (I, 275).

El empeño en realizar sus ideales hace del prócer una patética figura quiijotesca. Ya lo vio así Pedro de Alba, quien compara los viajes que hizo Hostos por América para apurar la causa patriótica antillana, con las salidas del caballero de La Mancha<sup>4</sup>. A estos sucesos podrían agregarse muchos otros que acentúan la similitud. Por ejemplo, el tragicómico episodio de los payeses que luego de ser libertados por el escritor lo amenazan de muerte (II, 27-28), o el embarque en triste expedición libertadora de seis desesperados en nave que hace agua de puro vieja y que nunca llegó a su destino (II, 214-217). En este sentido el *Diario*, como la obra de Cervantes, es la conmovedora saga de un hombre que insiste en cerrar sus ojos a la realidad del mundo y de los hombres y en creer en sus sueños y fantasías.

#### MORALISTA

Los deseos de alcanzar un ideal más elevado y el despiadado análisis de sus defectos, que los intimistas ejecutan como medio de acercarse a este ideal, resulta en otro de los rasgos comunes que comparten estos escritores: la tendencia moralista que evidencian el diario y el hombre. Girard habla de esto en los siguientes términos: «L'intimiste, malgré toutes les déviations ultérieures, est en son principe, et au sens plénier du terme, un moraliste, pour qui la connaissance de soi-même ne saurait jamais être qu'un moyen en vue d'une autre fin» (164).

En Hostos, el moralista se revela en dos manifestaciones características de su modo de ser que hasta ahora han sido las más comentadas de su personalidad. Nos referimos a la aplicación en su conducta de su estricta concepción del deber y la virtud<sup>5</sup>.

La persecución de un elevado ideal forma un solo concepto con el cumplimiento de lo que Hostos considera sus deberes. Más de una vez el escritor nos dice que el ideal de su vida ha sido hacer todo lo que

<sup>4</sup> *Hostos* (antología), volumen XIII de la serie *El pensamiento de América*, prólogo y selección de Pedro de Alba. Secretaría de Educación Pública. México, 1944, pág. xii. F. Elías de Tejada compara a Hostos con Don Quijote en «Las doctrinas políticas de Eugenio María de Hostos», *Hostos hispanoamericanista*. Imprenta Juan Bravo, 3, Madrid, 1952, págs. 211-218.

<sup>5</sup> La copiosa crítica hostiana ha acentuado casi exclusivamente este aspecto. Lo mismo hace el trabajo de Alba mencionado en nota anterior, obra estimable por ser de las pocas que valoriza el *Diario*, pero cuya selección no le hace justicia total (por ejemplo, no muestra al Hostos enamorado).



él concebía como deber (II, 106), y con frecuencia también expresa la noción de que su deber es «hacer todo el bien posible sin la menor mezcla del mal» (II, 51) <sup>6</sup>.

De la conjunción de deber y virtud Hostos compuso su visión personal de lo que él llama la «gloria virtuosa», es decir, la gloria que se obtiene sin caer en aberraciones de la conducta moral (II, 137). La estricta adhesión a este principio habría causado, en la estimación del diarista, muchas frustraciones y fracasos en su vida. Así, la búsqueda de temas rigurosamente virtuosos habría paralizado su pluma de literato juvenil; el conocimiento de que no había orador que no fuera «un sofista y un débil que sacrifica la justicia y la verdad a la popularidad y los aplausos» (II, 137), le habría apartado del camino de la oratoria.

Todo lo que hubiera podido ser y no ha sido —político influyente, escritor famoso, orador renombrado— lo atribuye el diarista al efecto de arnés que forman sus nociones del deber y virtud, que le obligan a enderezar sus pasos en una sola dirección:

«Hubiera bastado ser ambicioso, plegarse a los hombres, acomodarse a sus vicios, olvidar las grandes ideas o tomarlas solamente por su lado artístico. En lugar de hacerlo, me convertí en el censor solitario de todas las faltas que se cometían en contra de la justicia y de la libertad. Para hacerme poderoso, yo no hubiera tenido más que escoger la escena, el teatro, el medio... Habíéndome posesionado del espíritu de la emigración en New York, yo hubiera podido convertirme en jefe y hubiera podido tener una influencia decisiva en la revolución. Pero en ella había anxionistas, me hice enemigos poderosos. Al corregir los vicios, me hice calumniadores. Yo hubiera podido tener en la América Latina la gloria que hubiera deseado, no tuve fuerza para ser un poco menos catoniano y un poco menos útil» (II, 138) <sup>7</sup>.

---

<sup>6</sup> Sobre este tema, el *Diario* menciona que Hostos publicó en Lima, en 1870, un trabajo titulado «La devoción del deber» (II, 9), título que sugiere la posible influencia de Pellico, cuya obra *Doveri degli uomini* (1834) aparece entre «los libros que he leído con más fruto», en anotaciones de 1878 (II, 300).

<sup>7</sup> Estas palabras ilustran de paso una particularidad de Hostos que no coincide con la afirmación de Girard de que los intimistas, a pesar de que quieren cambiarse para perfeccionarse, no se erigirían en jueces de los demás: ni pretenderían cambiar el mundo (493). Como se ha visto, Hostos no sólo juzga a los otros, sino que él mismo se reprocha hacerlo tan duramente. El *Diario* ilustra muy bien cómo su pasión por el bien y la verdad lo empujan a hacer severos análisis de grupos y personalidades de la época. Emilio Castelar, «desleal y artificioso», sale siempre mal parado en las referencias (I, 73, 78;

Hostos el introspectivo se da cuenta muy bien de que a veces su estricto principio del deber se convierte en arma que lo hiere profundamente. Con su habitual sinceridad se dice entonces que ha «abusado de su noción del deber» (I, 319), que ha convertido en deber «los actos más insignificantes» (I, 319) y que su tenacidad para cumplir su deber lo ha dejado solo y abandonado: «Sé bien que mi taciturnidad y la firmeza de las ideas y de los sentimientos que constituyen mi carácter no han dejado de tener influencia en la soledad que se ha hecho a mi alrededor» (II, 68). Prisionero de sus ideales y de su carácter, no sorprende que el diarista después de admitir que no tiene amigos íntimos (II, 100), confiese con dolor: «El hecho moral me agota... La ambición de esta gloria virtuosa está siempre royéndome el alma y no doy un paso que no sea en esta dirección» (II, 137, 138).

#### EL DESEO DE GLORIA

Las últimas palabras transcritas sirven para ilustrar el anhelo de la gloria, otra manifestación característica de los que escriben diarios íntimos según los estudiosos. Alain Girard estima que este pronunciado afán que existe entre los intimistas es uno de los medios que ellos buscan para romper la soledad y recompensar el sufrimiento en que viven: «Le désir de la gloire est la tentation dernière du solitaire, la compensation suprême qu'il cherche à toutes ses défaillances et à toutes ses souffrances» (191). «Tout journal retentit d'un long appel à la gloire, qui serait comme la revanche du bonheur» (504).

Hostos declara sin ambages que desde joven ha soñado con la gloria, pero ésta es bien definida y particular: «Hace diecisiete años, desde que cumplí dieciocho, que estoy soñando con la gloria virtuosa; desde entonces inventé esta nueva especie de gloria, la más difícil de todas, escabrosa hasta no decir más, inaccesible como la cima del Aconcagua, que devora a sus propias creaturas como el dios simbólico de los griegos» (II, 137).

El conocimiento de sus capacidades y el ansioso deseo de que sean reconocidas, se confrontan constantemente con la adhesión al deber y a la virtud en el espíritu del diarista. La tensión de la lucha entre estas

---

II, 115). Los juicios sobre Betances y Basora no son muy lisonjeros tampoco (I, 231, 234; II, 111, 143). El dibujo más negro lo reciben las Juntas de patriotas en exilio, no sólo en alusiones específicas, sino también a través de los episodios que se narran en el libro. Ilustrativas al respecto son las páginas 184, 189 y 190 del primer volumen.

fuerzas se refleja en la narración de algunos episodios y en directas alusiones, como la siguiente: «... el hecho moral es el conflicto perpetuo entre mi ambición de gloria y mi pasión de bien» (II, 136).

La búsqueda de la gloria literaria es la más explícita y comentada en el texto. En 1868 Hostos afirma, por ejemplo: «Vine a Europa para conquistar un nombre literario» (I, 68). Diez años más tarde, en una de las tantas relaciones retrospectivas, reflexiona que la misma austeridad de sus principios le llevó a desdeñar lo que buscaba: «Del ejercicio de la pluma, que al menos me hubiera dado un renombre temprano, y con él la fácil posición que hasta la envidia consiente a la celebridad precoz, me abstenía por modestia y por desdén: desdeñaba la gloria contemporánea» (II, 290).

El logro de la gloria como patriota y libertador, siempre dentro de los límites de lo que Hostos define como virtud, se cita con menos frecuencia pero no menos explícitamente. Será imposible encontrar en nuestra lengua un autor que desnude este deseo con tan desgarradora sinceridad como el que transcribimos ahora:

«Y en cualquier parte donde esté si la revolución se anticipa a mi esfuerzo personal, yo no estaré contento. Hay, ya, en el fondo de este *incansable patriotismo* al cual lo he sacrificado todo, un fermento de ambición, que no consiste por Dios en dominar por el poder, sino en dominar por la inteligencia y los servicios. Ambiciono hacer más que nadie, lo que nadie, y necesito para eso ser el primero en la primera hora» (I, 350).

Es fácil imaginar la enormidad de la frustración que habrá experimentado un hombre poseído por la fuerza de esta ambición —ambición tan difícil de llenar por la estrictez moral— al comprobar con los años que no se hacía escritor famoso ni primer revolucionario. Es curioso observar, sin embargo, que a pesar de los fracasos, los años de soledad, las penurias económicas, los malentendidos y falsas interpretaciones que Hostos tuvo que sufrir, se siente a través de algunas páginas que el puertorriqueño sabía que la gloria iba a estar de su parte algún día. Así parecen indicarlo los párrafos siguientes:

«En realidad, no hago más que cometer errores, y por eso es que sufro como tal vez ningún otro ser humano ha sufrido jamás. Así, el sendero que recorro no conduce más que a esa gloria. Lo sé, lo veo con mis ojos» (II, 138). «Creo que el único modo de ser útil a las ideas y a los pueblos es levantar los hombres a la discusión de su deber, más que bajar con ellos a la negociación

de sus intereses. Hay en ello, es verdad, un resultado para mí que no por ser lejano deja de ser menos glorioso...» (II, 151).

#### ORGULLO Y AMBICIÓN

No habrá para qué tratar de probar la existencia de la ambición después que el mismo diarista la ha confesado de manera tan abierta. Como se ha visto, la ambición hostiana se endereza por el camino del poder logrado por la inteligencia y virtudes morales que el escritor, con íntimo conocimiento de sus valores personales, declara poseer. La conciencia del propio valer que los estudiosos reconocen como cualidad que acompaña a menudo a la timidez, nos lleva directamente al orgullo, otro rasgo atribuido a los intimistas<sup>8</sup>.

Alain Girard considera que si bien el intimista es orgulloso, no es desmesurado en la estimación que hace de sí mismo, autoestimación que el crítica juzga como bastante objetiva (256).

Con su innegable sinceridad Hostos reconoce que el orgullo es un ingrediente importante de su personalidad. En una ocasión se duele de que el «orgullo y la timidez» que han formado su carácter hayan trabado su vocación literaria (I, 27), y otra vez declara: «La doble presión del pensamiento de justicia y del orgullo me han empujado a serlo todo, pensamiento y acción, para realizar mi objetivo» (II, 76).

No hay duda de que el conocimiento de sus propios valores lleva al diarista a anotar muchas frases que se pueden tomar como muestras de excesiva autoestimación. Las siguientes, por ejemplo: «¿En qué consiste que abarcando intelectualmente cuanto abarca la inteligencia de mi siglo...» (I, 237). «Mi manifiesta superioridad intelectual y de carácter» (I, 60). «En mi corta vida he hecho silenciosamente cuanto hubiera bastado para darme gloria imperecedera» (I, 205) y otras parecidas.

Habrá que distinguir, sin embargo, entre el orgullo justificado, que nace del profundo conocimiento de las propias cualidades, y la falsa vanidad del que inventa virtudes inexistentes. Cuando Hostos escribe: «Todo el mundo, excepto yo, comprende fácilmente los motivos que hacen de mí un ser excepcional entre los revolucionarios» (II, 96), la frase nos golpea con un brillo de vanidad. De la misma manera reaccionamos ante esta otra sobre *La peregrinación de Bayoán*: «Como pensador, produjo a los veintitrés años una obra que tiene más valor

<sup>8</sup> DUGAS: *La timidité...*, pág. 89. Dugas tiene otras consideraciones al respecto en *Les timides dans la littérature et l'art*. Librairie Felix Alcan. Paris, 1925.

intelectual, más sustancia moral, más personalidad literaria, más originalidad política, que muchos de los libros imaginaristas de mi tiempo» (I, 205). No obstante, cuando nos damos cuenta de que en el primer caso Hostos se está refiriendo a que él, al contrario de otros patriotas, busca la liberación de las Antillas, no por odio a España, sino por bien pensados principios, no se ve como excesivo el calificativo de «excepcional» que se da. (Esto sin entrar en otras consideraciones fuera de contexto que pudieran reforzar el adjetivo.) En cuanto al juicio sobre *Bayoán*, libro necesitado de más estudios, no parece tan desproporcionado si se lo compara con otros de la misma época, no muy rica en calidad, y especialmente en las áreas que Hostos defiende como buenas.

Si se acepta que por la específica naturaleza del diario íntimo, su redactor, precisando conocerse para cambiarse, tiene que ser un egocéntrico, no extraña encontrar en el *Diario* de Hostos palabras que confirman este egocentrismo: «¿De qué hablé? De lo que hago más a gusto. De mí mismo» (I, 148).

Sin entrar en interpretaciones de profundos significados psicológicos que no somos competentes para elucidar, juzgamos esta confesión y las anteriores como una muestra más de la extraordinaria candidez y sinceridad del diarista. Ellas aseveran además nuestro aserto de que el escritor compone la obra para él solo, sin las barreras protectoras con que nos cubrimos en nuestras relaciones con los demás. Las convenciones sociales han hecho que sea tan difícil hablar de las flaquezas como de las virtudes que uno posee, y ¿quién puede tirar la primera piedra y sostener que no le gusta hablar de sí mismo? Sobre esto hay que recordar también que la extremada atención que sobre sí pone el intimista descubre lo bueno, pero con más abundancia lo malo. Así, por ejemplo, cuando se lee en el *Diario* de Hostos: «... mi desinterés, mi abnegación, mi devoción sin límites a las ideas», hay que buscar el equilibrio con lo que sigue, que es un severo autorreproche del diarista porque lo hecho ha sido «inoportuno, inconveniente, insensato» (II, 97).

Como el orgullo toca tan de cerca la vanidad y ambos constituyen materia delicada, queremos citar un párrafo en que se ve bien clara la mezcla de orgullo y humildad que se equilibran en el espíritu del autor. Después de reflexionar sobre algunas contradictorias opiniones que sobre él se han dado, Hostos escribe:

«Dando a las opiniones de los hombres el respeto que otorgo a todas las opiniones, y reflexionando que es efecto de imper-

fección en mí esa disparidad inconciliable de opiniones, y estudiándolas en los resultados y viendo que hacen de mí un hombre totalmente impotente, cuando es palpable que tengo cuanto se necesita, me recojo en mí mismo y me pregunto: ¿En qué consiste que abarcando intelectualmente cuanto abarca la inteligencia de mi siglo, que pensando tan altamente como el pensamiento contemporáneo, que sintiendo tan activa, tan sincera y desinteresadamente como exige la constante depuración que hace mi conciencia de mi vida entera, yo no soy lo que pudiera, lo que quiero, lo que debo, y ora abandonado al sentimiento y a la fantasía, ora a los mandamientos de la razón, ora al imperativo de la conciencia, ora a los estímulos dolorosos de la voluntad, yo no realizo nada, yo no vivo ni mis ideas ni mis sentimientos, yo vivo poco, yo soy juguete de las circunstancias, yo no armonizo en la realidad las facultades que armonizo interiormente, el ser interior que he construido, con el hecho externo, con las relaciones exteriores?» (I, 237).

#### DIGNIDAD

El orgullo está relacionado en Hostos con un problema que fue obsesionante en su vida y que aparece una y otra vez en las páginas del *Diario*: su amor propio o dignidad. El sentimiento de lo que el escritor llama «su dignidad herida», «el mal de dignidad», «asustadiza dignidad», tiene que ver directamente con su propia estimación y la estimación de los demás. El autor recuerda que desde muy niño le preocupaba hondamente lo que pensarán de él, fenómeno que el diarista denomina de «la dignidad temprana» (I, 224). Pero el miedo al que dirán es solo un aspecto de lo que Hostos llama dignidad, complicada fuerza, ora positiva, ora negativa, en la que se mezcla una variada gama de emociones —vergüenza, orgullo, timidez— y que puede ser provocada por muy diferentes causas: miedo, pobreza, temor al ridículo, etc. El párrafo que transcribiremos ilustra algo de la complejidad de este sentimiento:

«... lo que importa es que yo haga las cosas cuando debo hacerlas, meditadas tranquilamente sin precipitar por mi miedo de dignidad, mi porvenir, sin tratar de moverme a distancia inmensa por no moverme a cortísima distancia..., he luchado con el pan cotidiano, demasiado ásperamente para que no me duela

recomenzar en París la lucha de Madrid y Barcelona: pero ¿no tengo yo fuerzas para seguir luchando? Si las tengo, ¿por qué no las empleo antes de rendirme? Me horroriza la idea de tener aquí, como en España tuve, déspotas de mi dignidad que para siempre la han lastimado y para siempre enseñándola a esconderse. Cuando más severamente examine mi pereza, mi apatía y mi miedo de esa lucha, más enérgicamente me convenzo de la causa original de esas debilidades; y la causa es tan hermosa, es tan alta, es tan delicada, que hoy, al ver como ayer, como siempre, que la dignidad y sólo la dignidad es quien me da miedo y me hace apático y me hace perezoso, me perdono... Averigüemos, pues, si es dignidad (fuerza) esa debilidad que no resiste a la grosería de un librero, al mercantilismo de un editor, a las reservas de Pi, a la sordera de Castelar, y averigüemos si ha padecido ya bastante esa dignidad asustadiza» (I, 66-67).

Como se ha visto parcialmente por la cita anterior, el miedo de dignidad de que habla Hostos tiene a menudo como fuente la falta de recursos económicos. La pobreza de su vivienda, la apariencia de su ropa, sus deudas con la casera producen en él constante inquietud y zozobra:

«Cuando entro y encuentro a la locataria en la escalera con la conserje, tiemblo de amor propio, y mientras más se acerca el tiempo de pagar y más palpables son mis dificultades, peor efecto me hacen estas entrevistas... Cuando el hostelero se descuida en las comidas, pone menos cuidado en sus dos visitas cotidianas, menos exactitud en la hora fijada, más pienso yo que él teme no ser pagado y lo hace de antemano en triquiñuelas. Hace días que esta duda me mortifica» (I, 153).

Los mismos apuros económicos hacen que el diarista considere París una buena ciudad para pobres ya que allí «se puede vivir con tanta dignidad, necesitando menos recursos» (I, 156), o que al tener que viajar en vapor de tercera clase se pregunte angustiado si podrá hacer la travesía en condiciones tan malas para su cuerpo y su «amor propio» (I, 55).

Por desgracia, todas las agonías que la falta de dinero provoca en el ánimo del escritor se justifican ampliamente. Es conmovedor leer que este hombre digno de mejor suerte no haya podido salir de su casa a veces por no tener paraguas o los centavos del autobús (I, 141).

Duele aprender que el prócer haya pasado inviernos en Nueva York con zapatos y sobretodo de verano, sustituyendo el café con agua de tamarindo (II, 175), sin poder participar en actividades sociales por falta de «ropa presentable» (II, 163). Más penoso es aún descubrir que el organismo del diarista se deteriora por falta de mínimos medios apropiados para sobrevivir<sup>9</sup>, y que el *Diario* mismo se interrumpa por falta de papel y dinero para comprarlo (I, 182).

No obstante todas estas situaciones desesperadas, el amor propio o el sentimiento de dignidad que posee al autor lo mueven a rechazar más de una vez algunas ofertas de ayuda financiera, en ocasiones que la necesitaba con urgencia (I, 155; II, 16).

Dadas las condiciones explicadas, no es de extrañar que el propio Hostos haya considerado su «mal de dignidad» como una seria afección que, si bien le había salvado de caer en indignidades, también había contribuido a sumirlo en abulia inactiva: «Si yo no tuviera la fuerza de dignidad que siempre me ha salvado de todas las cobardías, tendría miedo de mí mismo, pues el mal de que padezco es grave: miedo de dignidad, que de todo tiembla y se ampara en la inmovilidad» (I, 73).

#### PARALIZACIÓN DE LA VOLUNTAD

La última cita es una buena ilustración de otra de las características comunes de los intimistas encontradas por los estudiosos: la paralización de la voluntad, la lucha para salir de largos periodos de pasividad en que a menudo caen los escritores de diarios íntimos<sup>10</sup>. Girard, al establecer que todos los intimistas se quejan de «la enfermedad del querer», se refiere a la irónica situación que resulta del excesivo autoanálisis. Como en un círculo vicioso, el descubrimiento de faltas y debilidades, tan beneficioso en el camino de la perfección, produciría a la vez un peligroso sentimiento de inercia que impediría actuar al intimista (534).

Un tema capital en el *Diario* de Hostos es lo que él llama la búsqueda o la formación de la voluntad. El diarista está constantemente

<sup>9</sup> La oscuridad de su cuarto cansa su vista y le produce dolores de cabeza (I, 282). En 1874 anota satisfecho que el aislamiento de su nuevo cuarto va a ayudar a mejorar el «constreñimiento» continuo que sufrió en otros menos adecuados (II, 160). En 1875 comenta la dispepsia que combate, causada tal vez por su pobre e irregular alimentación (II, 175).

<sup>10</sup> Leleu se fija en este fenómeno llamándolo «Inactivité», *Les journaux*, página 47.



quejándose de «inercia interior» (I, 45), «de voluntad negativa y pasiva» (I, 85), «de atonía intelectual» (I, 317), y conminándose a la acción para combatirlas:

«... una voz silenciosa me dice quedamente en la conciencia: '¿No obras, no sientes, no piensas? Culpa es tuya'. Y lo es. Necesito trabajar, instar y reinstar, insistir y reinsistir para lograr trabajo: pues hacerlo. En vez de eso, paso el día avergonzándome de mí mismo, imaginando en la inercia medios que la inercia esteriliza» (I, 44).

Es significativo y adelantado para su tiempo el análisis que Hostos hace de la progresiva pérdida de su voluntad. En una de sus relaciones retrospectivas, el prócer afirma que cuando niño él tenía una «tremenda voluntad», pero que luego una deformada educación, la falta de obligaciones y el imprudente uso de su libertad, la desviaron y debilitaron<sup>11</sup>. Cuando los dolores y fracasos le enseñaron al joven a ver «la diferencia que hay entre la concepción y la realidad», echó de menos la voluntad y se propuso crearla (I, 226). El *Diario* es muy buen testimonio de sus heroicos esfuerzos en este sentido. Véase, por ejemplo, el mes de octubre de 1866, cuando el diarista inventa máximas y fórmulas para ayudarse a salir de un período de inacción que vive. Uno de aquellos estímulos, según la denominación del autor, es: «Elige entre tu voluntad y una pistola», pensamiento que tiene como guía este otro: «Tengo que ser hombre en el mundo y para ello necesito voluntad» (I, 36).

El empleo del diario como un medio de registrar principios prácticos de conducta, no es un hecho extraordinario entre los intimistas. Según Girard, los «más puritanos o atormentados» entre ellos tienden a inventar reglas de comportamiento y a anotar con cuidado la ocurrencia de transgresiones (533).

El sufrimiento del Hostos abúlico es angustioso y la frecuencia y tono de las anotaciones sobre este estado acentúan otra vez la imperativa necesidad que el escritor tiene de llevar el *Diario*. La obra es así acicate constante para la acción y dolorosa registro de lo no hecho:

«Yo necesito que mis días estén llenos de acción y todos pasan sin que yo dé al mundo muestras de mí mismo. Todas las

<sup>11</sup> Conocidas son las críticas de Hostos a los métodos de enseñanza de su época. Sobre esto léase «Hostos como educador», de Adolfo de Hostos (*Peregrino del ideal*, págs. 98-144), y Camila Henríquez Ureña, «Ideas pedagógicas de Hostos» (*América y Hostos*. Cultural. Habana, 1939, págs. 231-303).

noches, al retirarme, me acosan pensamientos temerosos porque en vano me pregunto qué he hecho, qué pienso hacer. Muerto, muerto, muerto. Vida sin voluntad no es vida: vivir es querer y hacer... Son ya tan pocas las veces en que salgo de la atonía que me abruma, que debo apelar a las ráfagas de vida que hay en mí como a testimonios de que soy y vivo» (I, 44, 45).

Hostos llegó a tener tal respeto y fe en la voluntad como fuerza todopoderosa, que un día aconsejó a un amigo el tratar de curarse la tisis por medio de ella (I, 77). El mismo se califica como «apologista de la voluntad y tímido para moverla» (I, 76), y es por esa lentitud para actuar que persiste en crear lo que él denomina ejercicios de voluntad, para fortalecerla:

«Ejercicio de voluntad. Si me digo al salir de casa 'iré por tal parte', aun cuando me olvide y tome otro rumbo, vuelvo al propuesto, y voy a donde pensé que había de ir» (I, 312).

El diarista se da cuenta muy bien de que su exigente conciencia y su estricto sentido del deber, que le obligan a moverse sólo en «el camino recto», contribuyen a trabar su voluntad y a paralizar su acción (I, 220, 226). Sus minuciosos análisis, sin embargo, encuentran otra causa para su prolongada aflicción que viene a coincidir con otros de los rasgos mostrados por los intimistas: la excesiva emotividad y la inclinación a soñar.

#### EMOTIVIDAD Y ENSOÑACIÓN

Michèle Leleu cita la emotividad entre las tres propiedades constitutivas que dan origen a los rasgos más destacados de los escritores de diarios íntimos (43)<sup>12</sup>. La hiperemotividad característica de los intimistas según la autora, se traduciría en exaltación sentimental, impresionabilidad, variabilidad de sentimientos e impulsividad (45). Girard confirma la extremada emotividad de los intimistas y sostiene que ella es responsable de la angustia tan frecuente en las páginas de sus escritos (126).

Contrariamente a la imagen que se ha venido presentando de Hos-

---

<sup>12</sup> Las otras dos están relacionadas con la voluntad (inactividad) y la memoria (rememoración), que ya hemos estudiado.

tos como hombre eminentemente lógico, medido y razonador<sup>13</sup>, el *Diario* revela a un ser apasionado y sentimental que lucha constantemente por dominar sus emociones. Un paisaje, una pieza musical, una bella mujer, sumen al diarista en un estado casi febril de excitación que la obra puede recoger muy bien, a pesar de la distancia temporal entre la sensación y su registro<sup>14</sup>.

Como dijimos en páginas anteriores, Hostos persigue el equilibrio de las diversas fuerzas y actividades de su ser, pero aparentemente aquellas relacionadas con los sentimientos le resultan muy difíciles de controlar, ya que con frecuencia anota los reproches, suyos y ajenos, sobre excesos en esta dirección:

«Si los hombres no tuvieran otra intención que la de consignar un hecho, cuando dicen que me dirige el sentimiento, dirían en parte una verdad: que en vano trato yo de dominarlo y en vano de suponerlo a la razón» (I, 235).

Los amigos del diarista le reprobaban también el exceso de fantasía, que, junto con el sentimiento, hace más penosa su vida: «Sé que el sentimiento y la fantasía, otra fuerza que me imputaba Giner como una falta, dificultan, por hacerlas más intensas, la realización de las ideas» (I, 235)<sup>15</sup>.

Hostos reconoce su sentimentalismo y su tendencia a imaginar como potencias positivas y negativas a la vez: «¡Oh! ¡La imaginación y el sentimiento! ¡Las dos fuerzas creadoras de mi alma! ¡Los dos enemigos de mi vida!» (I, 83), que no necesita espolpear para poner en acción, sino luchar desesperadamente para contener (I, 54-55).

El escritor, que trata de refrenar con frecuencia a «la soñadora» (I, 25), le atribuye a la fantasía muchos de sus males: «He observado que el abuso de la fantasía ha enfermeado a mi entendimiento de tal

---

<sup>13</sup> Pedro de Alba dice en el prólogo de *Hostos*: «Hostos, reconcentrado, quizá demasiado reflexivo..., fue pensador contenido y medido; ...siempre se defendió de las reacciones instintivas, pues era un temperamento lógico (xvi, xvii). Andrés Iduarte sostiene juicios parecidos en «Rebeldía y disciplina en Hostos», en *Hostos hispanoamericanista*. Imprenta Juan Bravo. Madrid, 1952, pág. 124.

<sup>14</sup> Véase, por ejemplo, la viva impresión que la música produce en el Hostos niño (I, 23, 224) y en el hombre (I, 236). Su exaltación amorosa se discurrirá más adelante.

<sup>15</sup> Se refiere a su amigo Francisco Giner de los Ríos. Otro amigo, Sanz del Río, quien no se explicaba la combinación de la madurez del diarista y su «espontánea fantasía», decía que Hostos necesitaba que le echaran agua fría (I, 204).

modo, que ni para alimentarse ni para manifestarse tiene fuerza espontánea suficiente, si no se la presta la imaginación» (I, 34). «Vuelve la imaginación a divagar, y para llenar el vacío que va conmigo, imagino lo que quisiera hacer y sueño despierto lo que pudiera y debiera realizar» (I, 42).

La afirmación de que la imaginación está matando su voluntad se encuentra a menudo en el *Diario* y con ella la pregunta del autor sobre si podría realizar más si fuera capaz de dejar de soñar (I, 343). En sus reproches el escritor se autodenomina «fantaseador e imaginarista como un adolescente» (I, 76), frase que calza perfectamente con uno de los atributos de los intimistas que discute Girard.

Según el crítico francés habría varios elementos semejantes entre intimistas y adolescentes que provendrían principalmente de la lucha que ambos libran por llegar a «ser» (491). El sentimiento que los dos grupos tienen de ser inadecuados socialmente que empuja la necesidad de la exploración del mundo interior, no cesaría de llevarles hacia sí mismos, alejándoles de la realidad por medio de la ensoñación (495).

El *Diario* de Hostos no sólo nos dice repetidamente que su autor se avergüenza de perder el tiempo en sueños (II, 107), sino que en una ocasión nos da uno de ellos completo y rico en detalles. El sueño versa sobre el encuentro del diarista con una millonaria heredera, cuya riqueza y extraordinario amor por el que sueña salvan la situación política de Puerto Rico y convierten al amado en héroe popular y poderoso (I, 199-200). Estas páginas, conmovedoras por su candidez, además de mostrar cómo aun soñando Hostos sigue ingenuamente cumpliendo sus deberes, permiten una entrada inestimable a las capas más entrañables del hombre.

La tendencia del escritor a huir de la realidad para hundirse en sueños, da origen a páginas teñidas de patética desesperación. Vamos a limitarnos a citar un solo fragmento cuya extensión e interés puede suplir a los demás:

«No sé cuántos años han pasado desde que le cogí miedo al mundo en que vivo completamente solo y a la desesperación que me invade el corazón cuando me siento fuera del mundo real. Desde entonces ambiciono la acción, el movimiento, la vida completa, la ejecución en todo... ¿Qué no he hecho yo para alcanzarlo?... ¿Qué he obtenido? Quedarme en el dolor, en la impotencia, en la inacción, en la vida soñada... En ocasiones la realidad de que huyo está tan cerca de mí que podría agarrarla, pero no lo quiero, sea por ambición, sea por orgullo, sea por

vanidad, sea por debilidad... Entrar en la vida real equivale a cumplir pequeños deberes reales y yo prefiero soñar grandes deberes imaginarios» (II, 51, 52).

Aún en 1878 el Hostos ya casado, al repasar su primera juventud llena de sueños y su empecinamiento por no ver la realidad, concede que la frase «usted vive en las nubes» que algunos le aplicaron es válida todavía. El diarista se pregunta entonces si habrá en él alguna deficiencia fisiológica que le impida vivir «tan abajo como nos hace vivir la realidad» (II, 290, 291).

## EL AMOR

Bajo el subtítulo de «Le bonheur et la gloire» Girard examina el tema del amor, que según su opinión ocupa un lugar de gran importancia en los diarios íntimos (502). A pesar de las diferencias entre las experiencias amorosas que viven los autores que estudia, el crítico encuentra un rasgo común que estaría estrechamente relacionado con la timidez que padecen todos. Según Girard, la timidez paralizaría la voluntad de acción del enamorado, quien, no obstante la fuerza de sus deseos, sería incapaz de tomar determinaciones que pudieran empujar la situación amorosa a estados más definidos. De allí el sufrimiento interior y la casi imposibilidad de hallar felicidad en el amor que el investigador descubre entre los intimistas (503).

El matrimonio tardío de Hostos (a los treinta y ocho años), el gran número de damas que le interesaron sentimentalmente, la descripción de auténticos amores que no terminaron en boda sino en el abandono de la amada por el amante puertorriqueño, son indicaciones en la dirección señalada por Girard.

No hay duda de que Hostos se sintió desde joven fuertemente atraído hacia las mujeres. Fuera de la pasión amorosa que causó la iniciación del *Diario*, hubo en la vida del autor muchas otras ocasiones en que experimentó parecida emoción. En una historia retrospectiva de sus sentimientos amorosos el diarista, que entonces tiene treinta y un años, menciona once nombres (I, 222) y el recuento no incluye los de las damas que amó posteriormente a esa fecha y que son la causa de las páginas más inflamadas del Hostos enamorado.

Las alusiones del escritor a sus reacciones frente al sexo femenino

constituyen las notas más livianas del *Diario* y permiten atisbar una dimensión con frecuencia ignorada en la vida del gran hombre. Véanse, por ejemplo, la narración del placer que siente cuando sigue a una chica bonita por una calle de Nueva York (I, 219) o la ingenua vanidad que transparenta el relato de un pequeño flirteo en su pensión (I, 264). El diarista mismo comenta que su conducta entre señoritas era «tan ligera y frívola» como fuera necesario para «hacerse soportable» (II, 155) y sus habilidades de cortejante debieron ser excelentes a juzgar por los amores que inspiró y algunas descripciones, verdaderas miniaturas de época, en que se autorretrata frente a una dama (I, 364, 371).

Como en otras materias, la sinceridad con que Hostos analiza sus sentimientos amorosos hace del *Diario* un documento extraordinario. En los casos de Candorina, Manola y Carmela, el escrito nos permite observar el crecimiento del interés y la atracción, los vaivenes emocionales producidos por toda clase de dudas, la aceptación de la fuerza del amor y, por fin, el abandono doloroso. Este último lo explica el autor como resultado de su tenaz deseo de cumplir sus deberes patrióticos, razón que sin duda el diarista siente como verdadera, pero que tal vez sea demasiado simple para las situaciones presentadas. Ciertamente la huida del enamorado de estas tres mujeres a quienes amó apasionadamente puede atribuirse a sus obligaciones de patriota, pero además influyen en ella su pobreza, su timidez, su indecisa posición social y, no menos importante, el persistente anhelo del escritor de encontrar el elevado ideal femenino con que sueña.

En una reminiscencia de amores pasados que el diarista hace en su obra, Hostos justifica su rechazo del amor de varias damas que lo amaron diciendo que ellas representaron realidades que no le satisficieron:

«Realidades incompletas, y no las quiero; la que tiene corazón, no tiene cara; las que tienen cara, no tienen cerebro; las que tienen cerebro, no tienen la armonía que constituye la belleza estesiológica; las que han querido no han sido queridas, y las que empezaron a serlo, se quedaron en el principio, y allí yacen, en la penumbra de las cosas no acabadas» (I, 223).

El ideal de mujer que deseaba el autor debía poscer no sólo las virtudes espirituales que se esperaban de una joven de la época, sino además ciertos atributos físicos bien específicos: «Decía ella, y ahora

comprendo la intención, que quisiera ser rubia y tener ojos azules. Sabe que este es mi ideal» (I, 352)<sup>16</sup>.

La mujer que enamora al puertorriqueño es siempre muy joven. Las tres damas mencionadas antes eran adolescentes cuando fueron amadas por el escritor; Inda, su esposa, tenía quince años al contraer matrimonio. Este hecho, que no es insólito en el tiempo en que vivió el diarista, tiene que ver en su caso con el poderoso afán de Hostos de hallar una compañera cuya máxima pureza le permita formarla por sí mismo. El pigmalionesco desco del escritor se justifica si se piensa en la pobreza de la instrucción que recibían las mujeres en esos días, y por eso no asombra leer que el enamorado prepare sendos planes de estudio para perfeccionar a sus amadas Carolina e Inda (I, 353; II, 264).

La fuerza con que Hostos experimenta el amor destruye en ocasiones las barreras alertas de su razón y el diarista se deja arrastrar por la emoción que vive: «La amo, la amo y no oso evitarlo. He pasado mi vida en contener mis pasiones por medio de la razón, y he aquí cómo lo que debía hacerme fuerte, feliz, me hace el más débil de los hombres y, en consecuencia, el más infeliz» (II, 21).

Con más frecuencia, sin embargo, se impone el juicio poderoso del diarista y entonces es capaz de exponer y analizar sus sentimientos con la lucidez y claridad de un diagnóstico clínico:

«Pienso que ella necesita educación, y no me espanto, y estoy pensando en los medios de dársela. Pienso que no es rubia y mi ideal estético se pasea a cada momento por la idealidad; pero tal vez vale más la tranquila confianza que me inspira esa alma sencilla que los transportes de alegría frenética que me causara la realidad de mi ideal... Tal vez me ame. Si la próxima ausencia o contrariedades impensadas no lo mortifican, el afecto realmente moral que ella me inspira, el amor apacible que tengo a su alma sencilla, no llegará a pasión, y podría dominarlo en cuanto quisiera: anoche mismo, después de aquella muda confesión, ninguno de los síntomas del amor enfermizo me dominó. Pienso más en el matrimonio que en la pasión; más me ocupo de ella como esposa que como amante» (I, 352).

<sup>16</sup> Hay una interesante semejanza entre este ideal y la apariencia de la madre del escritor. Hay una descripción de doña Hilaria Bonilla en los fragmentos de *Memorias* que anteceden al *Diario* en la edición que usamos (I, 14, 16). Es curioso notar que, a pesar de las muy definidas preferencias del diarista, las mujeres más amadas, según estas páginas, tuvieron ojos y cabellos oscuros. Véanse las descripciones de Cara (I, 363) e Inda (II, 265).

La última parte de lo transcrito ilustra muy adecuadamente otro de los rasgos generales de los intimistas comentados por Girard y que comparte el puertorriqueño. Al hablar de algunas características semejantes entre los autores de diarios íntimos y los escritores románticos, el crítico francés se refiere a la dificultad que ambos evidencian para unir el amor físico con el espiritual, típico atributo de románticos y adolescentes (493). Ya se ha visto cómo Hostos, hombre representativo de su tiempo, hace una estricta división entre el amor bueno y el «enfermizo» que él «diablo y ángel, bestia y hombre» puede sentir (I, 369).

Hay varias frases en el *Diario* de Hostos que revelan el empeño del diarista por mantenerse puro, y las siguientes, escritas por el autor poco antes de su matrimonio, podrían interpretarse como indicación de que el escritor no tuvo experiencias sexuales antes de casarse: «Integra está mi naturaleza; íntegro en ella todo el amor a que ahora me abandono por primera vez y por completo» (II, 267). Así parece estimarlo Américo Lugo, ensayista que vio ciertos rasgos psicopáticos en la personalidad de Hostos, cuando dice de él que se había conservado «doncel»<sup>17</sup>.

La lucha que vivió el autor para dominar la carne, puede verse en la narración de aquel extraño episodio de su forzada noche en el mismo cuarto con una prostituta (I, 87), pero sobre todo en las alusiones a los días de cortejo de su futura esposa. Las citas son abundantes: «Se trata de mantener puro de toda apariencia carnal un amor que no es carnal» (II, 269). «Anoche sufrí yo por segunda vez aquella enajenación del deleite que, aunque estuviera más distante de la culpa de lo que en realidad está, ni es inocente en un amor puro, ni digna en un amor inocente» (II, 269)<sup>18</sup>. «Burlándose de mi experiencia, utilizando mi confianza y aprovechando mi descuido, la pasión ha roto el dique, y aquí está» (II, 274). La castidad de las relaciones no obsta para que «el demonio de la pasión» siga aguijoneando al enamorado y él mismo llega a admitir que es quijotesco el ideal de absoluta pureza que siempre ha querido conservar en sus amores (II, 271).

Sobre el tema del amor, que tan bien sirve para iluminar aspectos menos conocidos de Hostos, hay que destacar cómo el análisis de sus sentimientos y la descripción de sus amadas pone en evidencia las cua-

<sup>17</sup> AMÉRICO LUGO: «Los escritos literarios de Hostos», en *Hostos, peregrino del ideal*, pág. 189.

<sup>18</sup> La culpa a que alude el diarista se refiere a la emoción del deseo físico. En aquel período prematrimonial los dos consideran hasta un beso «como un crimen» (II, 271).



lidades artísticas que poseía el escritor. Con pocos trazos —una sonrisa, un movimiento, una exclamación— el diarista hace surgir a la juguetona Cara, a la apasionada Manolina o a la grave Carmela, como figuras de carne y hueso y no como meros nombres en la obra.

### REBELDÍA

Dentro de los rasgos generales de los intimistas enunciados por Girard, hay uno que no parece ajustarse a la personalidad de Hostos y que señalaría una importante diferencia. Cuando habla de las coincidencias entre románticos e intimistas, el crítico menciona que estos últimos carecerían del espíritu de rebeldía que caracteriza a los primeros (493)<sup>19</sup>.

Si calificamos como rebelde a aquel que se opone a lo establecido y endereza contra la corriente general, no hay duda de que Hostos fue un rebelde desde muy joven. Fuera de algunas acciones infantiles que muestran una fuerte tendencia en esta dirección (I, 17, 18), el primer acto serio de rebeldía es su rechazo a conformarse a un sistema de enseñanza que repugnaba a sus ideas y principios.

No está claro que Hostos haya terminado sus estudios de bachillerato en Bilbao. Según nota de Pedreira, el permiso de su entrada en la Facultad de Derecho y Filosofía de la Universidad de Madrid estaba condicionado a la terminación de estudios anteriores<sup>20</sup>. Los comentarios que registra el *Diario* sobre esto pueden interpretarse como resultado de un problema administrativo que sufrió el autor, o como una crítica general sobre el sistema de educación: «La organización de la enseñanza me impidió el estudio del Derecho» (II, 23). «Mi posición académica, que no podía ser más falsa, me tenía en la continua alternativa de las tensiones de amor propio y de las incertidumbres de conciencia; si iba a la Universidad, me parecía humillante resignarme a otros estudios que aquellos que, a haber estudiado normalmente, hubiera podido estar haciendo: si no iba, me acordaba de los consejos de mamá, de las cartas amonestadoras de papá, del dinero que sin fruto invertía en una educación que no era la designada por él» (II, 289).

<sup>19</sup> Girard hace excepción de Byron y, en menor grado, de Vigny y Kierkegaard (pág. 493).

<sup>20</sup> ANTONIO S. PEDREIRA: *Obras completas*, II, *Hostos*. Edit. Edil. San Juan, Puerto Rico, 1968, pág. 34. Pedreira constató las matriculas hasta el tercer año de bachillerato, pero un manuscrito del padre de Hostos parece mostrar que aprobó otros posteriores.

A pesar de las amonestaciones y consejos, el caso es que Hostos no se conformó con la ruta más fácil de seguir los requisitos usuales y eligió el arduo camino del autodidacta cuando abandonó por completo los estudios univérsitarios.

La participación del diarista en el conato revolucionario de Madrid en 1865, la publicación de *Bayoán*, que critica al Gobierno español establecido, su actividad periodística en pro de la causa republicana y liberal, son otras demostraciones del espíritu de rebeldía que animaba al escritor.

Como rebeldía se puede calificar también lo que Hostos llama su «radicalismo», cuando propicia la independéncia total de las Antillas y se opone tenazmente a la venta de Cuba o la anexión de Puerto Rico a los Estados Unidos, único medio de liberarse de España según muchos contemporáneos (I, 213).

Como corolario a la falta de espíritu rebelde en el intimista, Girard agrega que éste ignora también el entusiasmo y la exaltación que poseyeron los románticos. Estos rasgos significarían la exteriorización, el salirse de sí, fenómenos que repugnarían a la naturaleza introvertida del redactor de un diario íntimo (494).

Parece innecesario tratar de demostrar que el *Diario* de Hostos está lleno de instancias que lo dibujan exaltado y fuera de sí, como se ha visto en otras páginas. Ahora sólo queremos recordar un conmovedor ejemplo de entusiasmo en aquel episodio que describe el recibimiento de una esperada carta de su esposa ausente, donde el diarista, loco de contento, corre en busca de alguien a quien abrazar antes de leer el ansiado mensaje (II, 286).

#### PREOCUPACIÓN POR EL CUERPO

En páginas anteriores nos referimos al marcado tinte melancólico que tienen los diarios íntimos, resultado de la tendencia de sus autores a analizar con especial atención sus fracasos y debilidades, y observamos que un sentimiento de aguda tristeza permeaba también el *Diario* de Hostos. Ahora veremos cómo la frecuencia de los estados depresivos y la secuela que ellos dejan en el físico del escritor empujan el cuidadoso interés con que anota lo que atañe a sus dolores morales y corporales.

En la parte titulada «La conscience du corps» Girard sostiene que es frecuente entre los intimistas preocuparse detalladamente de su estado físico, que por lo común es más bien precario (507). El crítico ade-

lanta que sería muy difícil asegurar si las repetidas indisposiciones que anotan los escritores de diarios se pueden atribuir a específicas causas fisiológicas o si son el resultado de una combinación físico-psicológica (507).

Desde temprano en el *Diario* tenemos explícita la determinación del que lo escribe de registrar lo que concierne a su salud. Del 3 de octubre de 1866 se lee lo siguiente: «Conservar las recetas de los médicos; tener presente el valor de las medicinas; comparar el valor de los dolores corporales que se curan con los morales incurables, es un extraño estudio, cuyas bases echo desde hoy» (I, 38-39). Cumpliendo lo propuesto, se nos da la receta con que el autor curó el cólico que lo aquejaba en ese momento, del mismo modo que antes nos había enterado cómo aliviaba un dolor de muelas (I, 35).

Fuera del conocimiento sobre específicos males que sufrió el escritor, lo interesante en esta materia es ver la clara comprensión que tuvo Hostos de las enfermedades de tipo psicosomático y su habilidad y perspicacia para analizar las relaciones entre sus dolencias corporales y sus angustias espirituales. El párrafo que sigue se encuentra en el *Diario* después de un extenso y penoso recuento que el autor ha hecho de sus fracasos:

«Si yo siguiera creyendo, aunque no lo dudo, que las crisis morales se resuelven por crisis orgánicas estaría contento. Desde anoche siento un malestar, que agrava por momentos y estoy sintiendo venir la calentura. El corazón sigue doliéndome; en razón, castigándome» (I, 227).

A los dos días siguientes, después de haber estado postrado en cama, se dice que su mal se debió tal vez «al frío o pasmo»; sin embargo, inmediatamente a continuación escribe:

«Que una causa moral obra constantemente sobre mis órganos y principalmente sobre mis vísceras esenciales, el hígado y el corazón, no es de dudar, observada una vez la enorme dificultad digestiva de que sufro, y una vez sentidos los dolores de corazón que, aunque probablemente desarrollados por excesos físicos, tienen su origen en las emociones, en las concentraciones violentas a que he tenido que sujetarme» (I, 228).

Los excesos físicos no especificados por el autor se refieren posiblemente a sus luchas en la junta de patriotas, a su gran preocupación por la falta de dinero y de trabajo; pero sobre todo quizá a las miserables

condiciones en que Hostos vive ese invierno de 1870 en Nueva York.

Con una curiosa intuición de fenómenos psicológicos desconocidos en la época, el diarista se estudia con atención para descubrir si hay en él cierta morbosa inclinación al sufrimiento. Así parecen indicarlo frases como «la complacencia dolorosa que me produce la tristeza» (I, 375), o «me esfuerzo por moderar los ímpetus de mis dolores y por huir de los encantos peligrosos de esa tristeza involuntaria, heredera de aquella melancolía medio natural y medio provocada...» (I, 84). No obstante que el escritor protesta por su largo aprendizaje en el dolor (I, 216), en ciertas ocasiones se acusa de buscar intencionadamente el papel de un mártir: «Yo me inclino más al papel pasivo de mártir que a cualquier otro» (II, 82). «Será preciso que me haga un mártir o un héroe» (II, 91).

Al cuidadoso registro de sus enfermedades debe añadirse la extraordinaria objetividad de Hostos para analizar y atreverse a revelar síntomas de aflicciones que la mayoría se negaría a reconocer aun privadamente. Así, por ejemplo, el escritor observa que con el tiempo se va tornando «bilioso y nervioso» (I, 43) y excesivamente desconfiado y suspicaz (II, 287). En agosto de 1872 escribe: «Me estoy haciendo un poco colérico, el pesimismo me invade y la irritación llega al corazón» (II, 39). Más tarde, en 1878, apunta: «Mala, pésima vida en sí misma es la mía. Y aún la hacen peor mi completa soledad moral, mi desconfianza de todo y de todos, mi susceptibilidad excitadísima, mi suspicacia exacerbada» (II, 284-285). Durante la misma época, en una sugerente e interesante analogía, el autor se pregunta si está sufriendo el mal que afligió a Rousseau («y o yo me encuentro muy enfermo de ánimo y tengo la manía de Rousseau...», II, 295) al sentirse calumniado y perseguido<sup>21</sup>.

Hostos se reprocha a menudo su «mucha excitabilidad y mucha impetuosidad», según él sus defectos capitales (I, 288), que le hacen reaccionar con violencia a la menor provocación que hiera su dignidad: «La suposición de una ofensa me irrita más que la ofensa y lo echo todo a rodar» (I, 288-289). Este rasgo de carácter puede explicar quizá el hecho de que el diarista se haya visto envuelto, por lo menos tres veces, en desafíos a duelos para solucionar ofensas<sup>22</sup>.

<sup>21</sup> Estas declaraciones del diarista encuentran justificación si se conoce la tensa situación que vivía entonces en Venezuela debido a graves desacuerdos con el director del colegio donde enseñaba (ver Pedreira, *Hostos*, pág. 89). Sin embargo, el *Diario* trae otras autoacusaciones de excesiva desconfianza y suspicacia en tiempos muy anteriores: 1868 (I, 55) y 1870 (I, 289).

<sup>22</sup> En el *Diario* figuran dos actos de desafío, uno ocurrió en 1868 (I, 47).

Entre las anotaciones que Hostos hizo de sus males físicos hay varias que aluden a fuertes dolores en la base de la cabeza, que el escritor llama cerebrales. Junto al registro del dolor físico, el autor se pregunta, en ocasiones, si esta aflicción puede ser síntoma de enfermedad mental. La cita siguiente ilustra muy bien los dos hechos y además pone de relieve la tenaz persistencia que impele al diarista a analizarse:

No estoy bien, no duermo. El sueño, que era siempre mi única fortuna, me abandona también. Siempre sondeando el abismo, la noche como el día se pasa sondeándolo. A veces siento debajo del cráneo, en la envoltura de mi cerebelo, una especie de onda eléctrica, semejante a la que a menudo he experimentado en mis transportes de entusiasmo, pero que, lejos de ser la agradable sensación material de una doble emoción espiritual, es muy dolorosa. Esto tiene dos causas, una moral, física la otra. ¿Síntomas de enfermedad mental? Puede ser. Sería el coronamiento del estudio rabioso, brutal, implacable, que he hecho de mis facultades morales e intelectuales, la necesidad de estudiar en mí mismo el nacimiento y desarrollo de una locura (II, 174).

Dos días después, el 17 de enero de 1875, rumiando su desesperada situación económica que no le permite ni siquiera el franqueo de cartas que necesita enviar, vuelve a sentir la misma «onda eléctrica» que recorre su cerebro (II, 177).

Consideradas las circunstancias bajo las cuales escribe el autor, no es sorprendente que la intensidad de su sufrimiento provoque ese tipo de dolor físico y su angustia le lleve a pensar en enfermedades mentales. Pero hay otras en que Hostos habla directamente de la posible pérdida de la razón. En 1873, en Santiago de Chile, apunta: «Hay algo tan mecánico en todas las funciones de mi ser que temo por momentos, sobre todo cuando el cerebelo tan sano antes comienza a molestarme, volverme loco o estar ya monomaniático» (II, 43). En 1903 reflexiona sobre los «dolorosos vaivenes de razón» que padeció en 1901, y las tres ocurrencias de pérdida de tranquilidad de razón que vivió en 1871, 1878 y 1887 (II, 423-424)<sup>23</sup>.

---

la otra en 1871 (II, 21). La tercera es una alusión a un duelo contra Amiana, en que llegó hasta buscar padrinos (II, 402). Otra situación que se encaminaba hacia el desafío contra el periodista Armas se describe en las páginas 195-196 del segundo volumen.

<sup>23</sup> Hay que proceder con cautela en la interpretación de estas citas. No

Si se recuerda que los intimistas viven con tanta intensidad los sentimientos de fracaso y que su inadaptación social viene aparejada de tristeza y de melancolía, es casi natural no sólo que piensen en desequilibrios mentales, sino que aún contemplan ideas suicidas. Alain Girard observa que la tentación del desaparecimiento completo se halla en muchos redactores de diarios íntimos, que ven la muerte como el único remedio para terminar con el tremendo disgusto de sí mismos y la imposibilidad de cambiarse en otros seres (519). El hecho de que ninguno de los intimistas que estudia haya llevado a cabo el suicidio, es para el crítico una muestra fehaciente de la lucidez mental que poseen (525).

Aunque el *Diario* de Hostos no explora la posibilidad de la auto-destrucción de manera obvia, hay alusiones que hacen pensar que también él tuvo alguna vez el anhelo del desaparecimiento total como término de sus padecimientos. El escritor condena el suicidio porque es una prueba de debilidad, pero para él es peor todavía vivir una vida improductiva: «El suicidio es una debilidad, pero es un crimen el no ser hombre útil» (I, 36). Una sola vez, en uno de aquellos períodos de pobreza y abulia que tanto lo mortifican, el autor menciona la palabra suicidio como probabilidad en su existencia: «Estoy mal, estoy mal. Loco o suicida» (I, 23). En otras dos oportunidades, el diarista expresa odio por la vida y deseo de la muerte: «Real, seriamente, comienzo a odiar la existencia» (II, 39), «no hay otro remedio contra este mal de dignidad que va matándome y haciéndome seria, tranquila y reflexivamente desear la muerte» (I, 80).

Las citas del *Diario* transcritas en este último apartado constituyen sin duda un material muy valioso para el análisis caracterológico de Hostos, que está todavía por hacer. Nosotros nos limitaremos aquí a registrar su existencia absteniéndonos de comentarios, dado lo delicado de este terreno y la falta de conocimientos especializados. Lo que sí queremos acentuar, además de la franqueza del escritor, es su persistencia en la práctica de la observación interior, que como veremos perduró hasta los últimos días de su vida.

En junio de 1903, dos meses antes de su muerte, al observar las perturbaciones que algunas personas sufrían como consecuencia del

---

sabemos a qué específicos hechos se refiere el autor en cuanto al año 1901. Pero en las otras fechas, 1871, 1878 y 1887, el texto del *Diario* sugiere arrebatos coléricos más que efectiva pérdida de la razón. Que Hostos consideraba, retrospectivamente, sus momentos de aguda depresión como verdadera enfermedad, lo atestiguan no sólo el *Diario*, sino también el relato «La recaída», contenido en *Páginas íntimas*, págs. 80-88.

motín revolucionario ocurrido en Santo Domingo, el diarista descubre que su propia mente presenta el caso de «neuropatía más aguda». Se propone entonces estudiar los cambios que advierte en sí y comprender por qué ha perdido la tranquilidad y el optimismo que tan laboriosamente había conquistado (II, 423).

Es obvio, por lo que escribe, que los tumultuosos sucesos presenciados han producido en el redactor una viva reacción física y emocional que va desgastando su cuerpo y su espíritu. La misma repulsión que el contacto con lo injusto, lo cruel, lo incivilizado, le había enfermado antes, minará su organismo ahora y será causa directa de su fin<sup>24</sup>.

Las páginas finales del *Diario* son un testigo dramático e inusitado de la influencia que el cansancio espiritual va ejerciendo en la progresiva decadencia fisiológica del diarista cuando se ve rodeado por la insensata destrucción de la guerra. La última hoja de la obra, sobre todo, es el más conmovedor testimonio en este sentido. Es ahora el 6 de agosto de 1903, y por primera vez en su escrito Hostos habla de sí mismo como de otro, bajo el significativo nombre de Sócrates<sup>25</sup>. El pobre Sócrates, enfermo y abatido, nos da un recuento del estado del escritor que va a morir cinco días después, trozo que por su patético significado copiamos a continuación:

«Volví a hallar al pobre Sócrates. Ya está muy abatido. Al '¿Cómo va, señor?', me contestó: 'Arrastrándome.' Y efectivamente arrastraba un tanto las piernas. Y comentó el arrastre: 'Hace días siento calambres que a veces son fuertísimos al despertarme y que después se convierten en un cansancio de piernas doloridas. Aún más fastidioso que ese achaque de casa vieja es la cantidad de sedimento de estómago que se me ha depositado en la lengua, y que ya parece que no cede a los purgantes. Mientras tanto, trabajando, a pesar de que me prescriben el descanso completo. Pero el trabajo es hasta un entretenimiento indispensable en mi mal.' Pero, en suma —le

---

<sup>24</sup> Don Adolfo de Hostos nos permitió ver un documento escrito por el doctor Arnaldo Cabral Guzmán, en Ciudad Trujillo, 1942, quien después de describir los síntomas de la enfermedad, que duró siete días, termina diciendo: «Muerte atribuida a profundo abatimiento moral más que a causas físicas.»

<sup>25</sup> Don Adolfo de Hostos confirmó nuestro parecer de que el autor está hablando de sí mismo bajo ese nombre. Además del sentido obvio de la página, no había ningún conocido o vecino por los alrededores que llevara tal apelativo, según el hijo del diarista.

pregunté con interés afectuoso— ¿qué mal es?’ ‘Mi verdadero mal? ¿El verdadero?’ ‘Ese.’ ‘Mi mal verdadero...’

No había en su voz ninguna amenaza de suicidio; pero sí una tan intensa expresión de fastidio de la vida, que repercutió hondamente en mi cerebro, tan poseído ya también del fastidio de la vida» (II, 430).



## CONSIDERACIONES FINALES

Al hablar de la escasez de los escritos autobiográficos, don Miguel de Unamuno predecía que el género confesional difícilmente se adaptaría en suelo hispánico, porque sus hombres son reacios a mostrar su interioridad, que suele ser de «flaquezas y miserias, de debilidades y pequeñeces...»<sup>1</sup>. Esta frase de Unamuno resulta muy adecuada para describir la sustancia más propia del diario íntimo que nace precisamente del conocimiento de flaquezas y miserias y el anhelo de superarlas.

La poca cantidad de diarios, memorias y autobiografías escritas en español y el hecho de que las que tenemos descuidan o ignoran el análisis introspectivo no sólo apoya el aserto de Unamuno, sino que pone de relieve la excepcional importancia de la obra de Hostos, primer diario íntimo de las literaturas hispánicas.

Reconociendo que las diversas corrientes espirituales que sacudieron el siglo XIX fomentaron el nacimiento y desarrollo del diario íntimo, todavía produce perplejidad la solitaria existencia de las páginas de Hostos, que no cuentan con semejantes en nuestra lengua, por lo menos en los años en que vivió el escritor<sup>2</sup>. Quedará por averiguar el complicado problema del por qué el hispanoamericano se adelantó a otros en la dolorosa apertura de su interioridad y por qué su caso constituye excepción<sup>3</sup>. Pero cualquiera que sean las causas,

---

<sup>1</sup> MIGUEL DE UNAMUNO: «Pudor dañino», *Obras completas*, V. Ed. M. García Blanco. Afrodisio Aguado. Madrid, 1952, pág. 676.

<sup>2</sup> Ya entrado el siglo XX se encuentran algunas autobiografías con intención de análisis introspectivo, como son *Automoribundia*, de Ramón Gómez de la Serna, y *Mi medio siglo se confiesa a medias*, de César González-Ruano. En cuanto a diarios, sólo los de Blanco Fombona, otro hispanoamericano, contienen ciertos atisbos de búsqueda en la interioridad.

<sup>3</sup> Fuera de Unamuno se han referido a este asunto: Angel del Río, en el prólogo a los *Diarios* de Jovellanos; Juan-José López-Ibor, en *El español y su complejo de inferioridad*, y, especialmente y con finas sugerencias, Juan Marichal, en *La voluntad de estilo. Teoría e historia del ensayismo hispánico*.

este *Diario* permanecerá como documento inapreciable sobre las esencias caracterizadoras del hombre hispano.

El intimista, hombre egocéntrico, introverso, tímido, orgulloso, idealista, ambicioso, emotivo y sentimental, es el que escribe diarios íntimos. Ya hemos visto cómo Hostos se ajusta a este perfil, origen de los rasgos más sobresalientes que caracterizan al género: la tendencia a la tristeza, a la rememoración, los sentimientos de inadapación, de fracaso y de soledad.

En esta síntesis hay que recordar que el diario íntimo presenta a su autor luchando por conocerse para transformarse, por lo que insiste en escudriñar su intimidad despreocupándose a menudo de anotar lo que ejecuta su yo visible. Buen exponente de esta clase de escrito, las páginas de Hostos que encierran muchos sucesos de su vivir, no cubren todos sus días ni exhiben todas sus acciones. El detalle cronológico del hacer del hombre, incompleto en el libro, se compensa en cambio con algo que otros estudios no pueden proporcionar: la propia conciencia del escritor analizando los pasos que lo llevaron a realizar la obra exaltada en historias y biografías.

Juzgado por lo que dicen biógrafos e historiadores, Hostos fue immaculado prócer, mártir de la libertad y egregio pedagogo; adjetivos muy merecidos, pero que contribuyen a formar una imagen estereotipada de héroe de mármol y no de carne y hueso. El *Diario* lleva a cabo en este sentido uno de los valores más grandes de estos documentos: el poder entrever algo del proceso de desarrollo de una personalidad excepcional. La silueta de Hostos se humaniza cuando podemos asistir a una parte importante de su formación y, guiados por sus anotaciones, lo encontramos misántropo e hipocondríaco a veces, maniático otras, invadido por la soledad y la tristeza casi siempre, iluminado por el amor en diversas ocasiones, pero siempre persistiendo en vivir guiado por sus altos ideales.

\* \* \*

Aun concediendo que un diario carece de los artificios propios de otros géneros y que su origen se debe a razones muy diversas de las que sirven de acicate a otros quehaceres literarios, es indudable que existen diarios cuyos valores les hace permanecer en el tiempo y otros que se pierden en rápido olvido. ¿Cuáles deben ser los cartabones para enjuiciar el mérito estético de una producción de

esta clase? ¿Deberá la vida expuesta ser una llena de aventuras y peripecias? ¿Tendrá el diarista ideal que anotar escrupulosamente cuanto le suceda? ¿Deberá el lenguaje cumplir ciertos específicos requisitos?

La permanencia de los diarios de Amiel da una respuesta negativa a la primera pregunta. Las anotaciones incompletas de un *Stendhal* o de un *Constant* responden con otro no a la segunda. La tercera incide en el meollo del logro artístico y, aunque el propósito de este trabajo no abarca esta materia, hay necesidad de una breve referencia de ella.

Si para explorar las calidades de un diario íntimo partimos de la suposición de que su autor compone un documento privado, esencialmente para sí mismo, cabe esperar aquí una mayor correspondencia entre el espíritu y la letra del que escribe que en otras producciones literarias. Aquello de que «el estilo es el hombre» deberá cumplirse mejor que nunca en un diario íntimo; por tanto, la cualidad más deseada en estos escritos será la autenticidad, entendiendo por tal la virtud de presentar en un grado efectivo la sustancia ínsita del hombre, su nota más personal, aquélla que lo hace ser sólo él una vez despojado de las máscaras que nos asemejan unos a otros.

Para que este milagro de revelación se produzca será indispensable que el diarista posea el anhelo de explorar su yo íntimo y la capacidad para expresar con franqueza lo que siente y piensa. Este rasgo, tan desusado dentro de lo autobiográfico en español, se da ampliamente en el *Diario* de Hostos. Como vimos en las páginas precedentes, el puertorriqueño no sólo tiene la voluntad de descubrirse interiormente, sino que está dotado también de una insólita candidez para exponer lo descubierto.

Pero ni el desco de exploración interior ni la franqueza, cualidades tan estimables en otros escritos, bastarán para hacer de un diario un objeto digno de estudios literarios. Ellas no son suficientes si el diarista carece de la pericia necesaria para entregar de manera convincente los hallazgos de su viaje a la intimidad. Como cualquier texto de calidad, el que escribe deberá poseer una voz inconfundible que sea eco adecuado para la sustancia que anota, y cuya resonancia, en el caso del diario, pueda ir formando para el lector una imagen fiel del ser único dueño de esa voz. Esto sucede en el *Diario* de Hostos. El lenguaje se acomoda muy bien para expresar una variada gama de estados interiores. Merecedora de estudios más detenidos, la prosa de la obra es un vehículo eficaz para añadir la ternura, la

emoción y la pasión que un crítico echaba de menos en el estilo de Hostos<sup>4</sup>.

\* \* \*

Para juzgar la importancia del libro desde otro ángulo, hay que recordar que en la accidentada crónica hispanoamericana no se hallan muchos documentos que permitan adentrarse en la intrahistoria de revoluciones y patriotas. Estas palabras siguen evocando con persistencia caducas impresiones de batallas heroicas, discursos vibrantes y aclamaciones callejeras, con exclusividad del lado menos brillante de los asuntos públicos. Rara vez salen a la luz las pasiones que movieron a los que conocemos sólo por estatuas o apologías: vacilaciones, frustraciones, dolores, amores, odios, que también forman parte de la grandeza y del heroísmo. El *Diario* de Hostos es uno de estos documentos. Como pocos en nuestra lengua ofrece el envés de la gloria de un proceso histórico y de un hombre.

No obstante que el *Diario*, tan buen ejemplo de aquellos que se clasifican como íntimos, fue escrito por su autor principalmente para sí mismo, como su quehacer vital está dirigido por la idea de la independencia de las Antillas, una parte importante del desarrollo histórico de esa región se asoma por sus páginas. La sinceridad del diarista, cualidad innegable de su personalidad, autentiza sus juicios y valoraciones que no siempre concuerdan con las opiniones e interpretaciones de otros testigos. Hostos, que no cerraba los ojos a sus propias debilidades, fustiga con energía posiciones y acciones de contemporáneos, enriqueciendo con sus puntos de vista el campo de investigación.

Pero el *Diario* no es sólo importante en referencia al pasado. Algunas páginas resultan asombrosamente válidas para el presente. Recordemos que la obra, además de ofrecernos una entrada en el alma de un hombre extraordinario, es la historia del esfuerzo por hacer realidad la hermosa idea de la unión antillana. Varias de las razones del fracaso de la empresa se pueden entrever en las situaciones que vivió Hostos, muchas de las cuales por desgracia se mantienen en vigencia.

GABRIELA MORA

The City College of the University  
of New York (EE. UU.)

---

<sup>4</sup> LUIS ALBERTO SÁNCHEZ: *Escritores representativos de América*, II. Gredos. Madrid, 1963, págs. 147-154.